



*Sin*

*Citaduras*

*Amaya Evans*

SIN ATADURAS

AMAYA EVANS

2017

Título Original: Sin Ataduras

Copyright © 2017 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

## Sinopsis

Rose Cowell, no tiene mucha suerte con sus relaciones, pero ya ha dejado de soñar con príncipes encantados y caballeros de brillante armadura que la rescatan de su aburrida vida para llevarla a un hermoso castillo y darle un felices por siempre. Ahora ella solo quiere estar con alguien por un rato, tal vez un fin de semana de solo sexo caliente con un hombre que la haga sentir especial por unas horas y luego cada quien por su lado. El problema es que en el pequeño pueblo de Johnsonville todos se conocen y no hay nadie con quien ella pudiera hacer algo así, sin que al día siguiente ya todo el pueblo estuviera enterado. Siendo la bibliotecaria del pueblo, eso no era conveniente.

Sean McKinnon, no recuerda la última vez que salió y estuvo relajado en compañía de una mujer con la que pudiera divertirse. Las chicas con las que suele alternar y que por lo general están en su círculo social, solo son fríos témpanos de hielo que adoran vestir bien, hacerse costosos tratamientos de belleza y hablar pestes de sus amigas. Pero por cosas del destino tiene que viajar a un pueblo remoto en vísperas del día de acción de gracias y decide no ir en compañía de su equipo de seguridad, ni de su chofer, algo que termina siendo muy mala idea. Todo tipo de cosas le sucederán, pero también conocerá a una interesante bibliotecaria con la que sorprendentemente, tendrá

la mejor noche en mucho tiempo. El problema es que ella solo quiere pasar un buen rato y luego mandarlo al diablo, pero Sean tiene planes muy distintos...

## Capítulo 1

Rose escuchaba por enésima vez a su amiga Amanda pidiéndole que fuera con ella a la cena de acción de gracias que tendrían en casa de la familia Dupree. Le hablaba de las delicias que servirían, de lo bien que la pasarían, de la gente que iría y que así podría hablar con otras personas más acordes a su edad y no con una vieja.

—Tú no eres vieja, Amanda.

—Dile eso a mí identificación, querida. Ya son cincuenta años y aunque no me arrepiento de nada de lo que he hecho en ese tiempo, si tengo un espejo que me recuerda cada arruga que sale en mi rostro por esa cantidad de años.

— ¿Es que acaso no has escuchado que en Francia la edad más interesante de la mujer son los cincuenta?

Su amiga hizo un gesto de aburrimiento—lástima que estemos en América y no en Francia.

Rose se echó a reír—tienes tus ahorros y ya no tienes un esposo que te haga la vida imposible. Podrías irte de viaje y tener una romántica aventura con un Francés.

—Prefiero tomar esos ahorros para comprarme una casa. Hace tiempo que tengo eso en mente—la miró divertida—tu, por el contrario, podrías hacer ese viaje, ya que al parecer nadie de por aquí te gusta.

—Sabes que no es eso. Lo que sucede es que no me ha ido bien en las relaciones de pareja y me cansé de sufrir. Creo que la mejor relación, es la que no existe.

—Explícame un poco sobre eso—la miró confundida su amiga.

—Pues creo que si un hombre y una mujer salen, van de paseo, tienen sexo y todas esas cosas, pero sin perder su espacio, algo puede funcionar. Lo que mata la relación es el compromiso. Si te casas, es terrible saber que tienes que llegar a hacer la comida si estás cansada o enferma, porque tu esposo la espera y no es capaz de hacerla por el mismo, el saber que debes acostar a los niños y leerles un cuento y fijarte que hayan hecho sus deberes, además de lavar la ropa sucia de todos, limpiar el desorden y todo eso. Si no te casas pero de todas formas vives con tu pareja, las cosas no son tan distintas, porque los hombres apenas creen que te tienen segura, demandan que les hagas todo porque creen que ya tienen nueva empleada. Y creen que debes ser fiel, pero a ellos se les van los ojos con cada mujer que ven en la calle o en el trabajo. Creo que si pudiera tener una relación con un hombre al que no le importara una pequeña aventura donde nos viéramos ocasionalmente pero sin ataduras, donde tuviéramos sexo del bueno, pero después cada uno tomó su camino y va para su casa, te aseguro que sería una relación no formal pero que duraría años, porque a ambos nos conviene. Y cada quien puede salir con quien le dé la gana porque el otro no va a decir nada.

Su amiga se veía escéptica—realmente no te crees eso, ¿verdad? Nadie puede vivir sin amor, linda. Hasta las personas más solas necesitan alguien por quien preocuparse y que se preocupe por ellas. Y a tu edad, no deberías

hablar de esa forma, cuando tienes una vida por delante y seguramente algún día conocerás el amor.

—No lo creo, Amanda. Yo vivo feliz como estoy.

—Es lo que dices ahora.

El resto de la tarde Rose, mientras ponía en orden los libros que iban trayendo a la biblioteca, mientras pensaba en lo monótona que era su existencia. Solo iba a su trabajo y de regreso a su casa en las noches, donde la esperaba Chester. Luego hacía su cena, lavaba los platos y se iba a su habitación donde se ponía su pijama y enseguida tomaba un libro para leer hasta quedarse dormida. La mañana siguiente la rutina comenzaba y lo único extraordinario que podía romper esa rutina era su visita al bingo uno que otro fin de semana. Por Dios, su amiga Amanda tenía más vida social que ella y le llevaba 20 años pero no podía culpar a nadie más que a ella misma. Se había alejado del mundo, porque el mundo la había herido. La gente que se hacía pasar por sus amigos, su ex prometido, ella creyó que la amaban y cada uno le hizo algo que la fue alejando. Ahora prefería estar sola y no tener que pasar por desengaños, ni malos ratos. Pero no por eso dejaba de sentir necesidad de afecto, de las caricias de un hombre—suspiró soñando con lo bueno que sería.

—Rose, por favor. Deja de soñar despierta y ven a ayudarme aquí—le dijo su amiga desde el mostrador, donde había una fila larga de gente esperando a ser atendidos. Rodó los ojos, pensando que Amanda era muy eficiente en casi todos los aspectos de ese trabajo, pero en tecnología, no. Y siempre que a ella le tocaba organizar los libros y la dejaba a cargo de las devoluciones de libros que por lo general se hacían con la ayuda del computador, ella se demoraba horas en algo que podía tomarle 5 minutos.

Contó hasta diez pidiendo paciencia y fue hacia donde estaba su compañera hecha un lío.

Sean McKinnon conducía su auto, hacia lo que él consideraba el fin del mundo. Todos sus planes habían cambiado esa mañana, cuando su amigo y mayor proveedor, Jean Pierre Dupree, le había dicho que no podía estar en la reunión que habían pactado porque su hija acababa de tener un bebé y toda la familia había cambiado sus planes para celebrar el día de acción de gracias en su casa y de paso conocer al nuevo integrante de la familia. Por más que Sean le dijo que no tardarían nada y que después podía irse a casa de su hija, él no dio su brazo a torcer y le dijo que si quería hablar tan urgentemente con él, lo mejor era que fuera hasta la casa de su hija en Johnsonville, que de paso podría ver lo que era un día de acción de gracias porque dudaba de que supiera lo que significaba. Y estaba en lo cierto, él no era de celebrar esas fechas, prefería estar haciendo dinero que era algo en lo que se consideraba muy bueno y no perder el tiempo en esas tonterías, pero desafortunadamente esa reunión le significaba un ingreso de millones de dólares si llegaba a un buen acuerdo con Jean Pierre, así que decidió ir. No tenía idea de porque razón no había llevado su Jeep a ese viaje y en lugar de eso, tomó su Audi, último modelo a deslizarse por una carretera que no estaba en el mejor estado y ahora parecía que la casa de su proveedor quedaba en la mitad del maldito bosque. Por más que buscó y buscó no dio con la dirección y su celular no parecía tener recepción entre tanto árbol. Dio reversa y trató de volver nuevamente a la carretera pero su GPS le decía una vía mientras él podía jurar que esa no era. De todas formas tomó la ruta que le decían solo para llegar a otra carretera distinta y le dieron ganas de mandar la maldita cosa a la mierda. ¿Porque rayos no había tomado su helicóptero? Ah sí claro, porque el endiablado lugar no tenía un helipuerto. Trató de llamar nuevamente pero

nada. Ya comenzaba a desesperarse cuando pasó un hombre que se apiadó de él y se detuvo para darle algunas indicaciones de cómo llegar al pueblo. Desde allí llamaría a Jean Pierre media hora después llegaba a una gasolinera donde aprovechó para llenar su auto y luego pidió indicaciones pero no supieron decirle bien, aunque si le dijeron que si quería podía ir a la biblioteca del pueblo donde trabajaba la cuñada de Jean Pierre, algo a lo que no le vio mucho sentido, sin embargo se dirigió allá. Apenas entró notó lo silencioso del lugar y lo grande que era. Para ser una biblioteca de pueblo era un lugar bastante bonito y acogedor. Estaba en un edificio antiguo de arquitectura de 1800 más o menos y podía oler el aroma inconfundible a libros viejos. De repente le recordó a sus épocas de estudiante en Harvard y sintió melancolía. En ese tiempo solo había que preocuparse por estudiar y sacar buenas notas, no había responsabilidades, ni grandes contratos riesgosos. No había mujeres que quisieran compromisos o amor eterno, solo chicas con hormonas a lo máximo que querían desfogar toda esa pasión pasando un buen rato y luego al amanecer no había problemas de ningún tipo, solo una despedida muy amistosa.

Pero de un tiempo para acá había comenzado a sentir esa falta de algo que no sabía descifrar, tal vez era una mujer lo que le faltaba, aunque esas le sobraban. Sin embargo el tipo de mujer que deseaba como para formar una familia, ese no era tan fácil de encontrar. Él era muy consciente de su ritmo de vida y de que no cualquier mujer se adaptaría fácilmente, entre reuniones, viajes, entrevistas, ruedas de prensa, y eventos de todo tipo era muy difícil llevar una vida familiar. Y las mujeres querían hijos, estabilidad y promesas de juntos por siempre. ¿Qué mujer en sano juicio querría solo la parte de la intimidad, el sexo, la buena vida y dejaría lo demás, lo verdaderamente importante de lado? Por lo menos las que conocía no eran así y menos las que se desenvolvían en su círculo social que al saber bien quien era él, lo que más

deseaban era un anillo en el dedo. Iba tan sumido en sus pensamientos que no se percató de que una chica con una pila de libros en sus brazos se cruzaba con él. Ambos cayeron al piso en el choque y ella se tocaba la pierna con gesto de dolor, mientras que él todavía sentía la punta de uno de los libros en su frente.

—Pero ¿qué diablos? ¿Es que no ve por donde va?

—Quien no ve por donde va es usted señor—dijo ella indignada ante su falta de consideración— ¿Es que cree que voy por allí queriéndome chocar con cualquier para tirar todos estos libros que tanto me ha costado recoger?— ahora estaba furiosa. Al mirarla bien, se encontró con unos ojos tremendamente verdes. Tanto que era como estar viendo una pura y muy costosa, esmeralda gota de aceite. Fue como un golpe en el estómago, ella era una mujer normal en sus rasgos, no podía decir que era ni bonita ni fea pero en sus ojos había algo que lo hipnotizaba.

—Perdone, señorita...

—Rose, Rose Cowell—respondió mirando al piso donde estaban todos los libros regados.

—Lo siento, señorita Rose, no he sido muy educado. Permítame ayudarla con esos libros—se agachó a recogerlos mientras ella hacía lo mismo.

—Mi nombre es Sean McKinnon.

—Mucho gusto señor McKinnon—le dio una mirada desconfiada— podía notar que todavía lo veía como un maleducado y que no era fácil ganarse aquella fiera.

— ¿Que hace se le ofrece en esta humilde biblioteca?—el sarcasmo en su voz era obvio.

—Bueno, la verdad es que estaba buscando a alguien que pudiera ayudarme con una dirección.

— ¿Hacia dónde va, exactamente?

—Voy a esta dirección—le mostró una dirección enredada.

—Oh no, me ha entendido mal, le pregunté hacia donde se dirige, no la dirección. Si eso es lo que ha estado haciendo por aquí, no me extraña que no haya tenido suerte. En este pueblo todos nos conocemos bien y si pregunta por la casa de la profesora Bradshaw, le dirán que está a dos cuadras girando a la derecha. Si quiere la gasolinera está tomando tres cuadras a partir de la esquina.

—Ya veo, así que lo estaba haciendo mal—sonrió.

—No se sienta mal, es algo que le pasa a todos los que visitan este sitio por primera vez, luego se acostumbran.

—Yo he estado buscando hace rato la casa de Amber Dupree y su esposo.

—Oh por supuesto, trabajo con su tía, Amanda. Sígame por favor. Él fue tras ella sin perder de vista su trasero magnífico en esos jeans ajustados. Siempre se imaginó que las mujeres que trabajaban en una biblioteca eran muy aburridas y vestían con faldas largas hasta los tobillos y blusas que no dejaban ver un gramo de piel, tal vez había estado equivocado todo el tiempo.

—Amanda, quiero presentarte al señor Sean McKinnon, él va para la casa de Amber.

—Mucho gusto, señor McKinnon—lo saludó la mujer que lo miraba detenidamente— ¿Puedo preguntarle de donde conoce a Amber?

—En realidad no la conozco, soy amigo de su padre, hemos hecho negocios y ahora voy allí por invitación de él, ya que tenemos algunos asuntos que tratar.

—Ya veo...Ese Jean Pierre, siempre pensando en hacer negocios incluso en Acción de gracias—se echó a reír, creo que nunca va a cambiar. Con mucho gusto le diré como llegar, comenzó a dibujarle un mapa y a

explicarle todo lo que tendría que ir pasando por el camino hasta llegar allí y resultó ser un muy buen mapa, porque en menos de 20 minutos ya había llegado.

Al día siguiente, Rose se lamentaba de haberle dicho que si iría a donde los Dupree, a su amiga Amanda. A ella le gustaba estar sola y hacerse su pavo y verduras calientes con patatas cada día de acción de gracias, sin nadie que la molestara y desde que trabajaba con Amanda, ella siempre se las había arreglado para sacarle el cuerpo cada vez que la invitaba a su casa o a casa de sus amigos, pero no supo porque razón terminó aceptando esta vez y ahora estaba de pie frente a su closet mirando qué diablos podía ponerse para una cena en la casa de una de las familias más ricas del pueblo. No es que Amber y su esposo Raúl fueran unos engreídos ni nada por el estilo pero eran dos importantes miembros del pueblo y tenían una importante galería en Seattle, a la que solían ir al menos dos veces por semana. Se decía que toda la realeza del mundo y los actores mejor pagados de Hollywood iban a allí a comprarle sus obras de arte. No podía simplemente ir con un vestidito de flores, tipo campesino ni tampoco con esa falda negra estilo tubo que tenía años luz de tenerla guardada aunque casi no la había usado. Tomó el teléfono tentada a llamar para cancelar a su amiga. Pero en ese preciso instante sonó el timbre de su puerta; cuando se asomó vio que era Amanda.

— ¿Qué haces aquí?—le dijo en lugar de saludarla—quedamos de vernos allá.

—Te conozco muy bien, Rose. Y sabía que estarías volviéndote loca

por el atuendo que te pondrías, así que te traje algunas cosas que compré hace unos días pensando en que vendría conmigo. Le mostró un hermoso vestido rojo de seda hasta media pierna, con un escote que ya la estaba sonrojando.

— ¿De dónde sacaste eso?

—Ya te dije que compré algunas cosas pensando en ti.

—No tenías que hacer eso, Amanda—la miró avergonzada.

—Querida sino lo hago yo, ¿Quién más lo hará? Necesitas una vida, Rose. Necesitas un hombre que te ame y te valore y no lo vas a conseguir aquí encerrada y mucho menos vistiendo con ropa de hace 8 años o más.

— ¡Mi ropa no es tan vieja!—le dijo en un intento de protesta.

—Lo que sea, pero ahora vamos, prepárate para irnos, no me gusta llegar tarde.

## Capítulo 2

La noche apenas comenzaba y Sean estaba en el balcón enorme de la casa que daba hacia las montañas, donde la vista era majestuosa. Las montañas imponentes y una luna que casi podía tocarse de lo grande que era y lo cerca que se veía. Hacía frío eso sí, pero de todas formas era acogedor y la enorme chimenea a la intemperie, en una esquina del balcón no dejaba que quien estuviera allí afuera se congelara. Era un sitio tranquilo y aunque disfrutaba mucho de la actividad de Nueva York, se sentía bien tener un momento de paz, sin pensar en nada.

Un revuelo de voces lo hizo darse la vuelta y vio que llegaban varias personas y se acercaban al bebé de Amber para acariciarlo. Una de ellas era Amanda y la otra era Rose, la chica que había conocido esa tarde, pero la sorpresa fue grande cuando la vio vestida de esa manera. Se veía preciosa, tenía un vestido rojo ajustado al cuerpo que resaltaba sus curvas perfectas y se apretaba a sus pechos de una forma que él habría deseado hacer. Su cabello estaba recogido dejando ver su delicado cuello y el escote le daba una buena vista de su piel, que podría jurar, era tan suave como la seda de su vestido. Sean no podía dejar de mirarla y así fue como ella lo encontró

cuando alzó la vista.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Cowell.

—¿Ya se conocían?—preguntó Jean Pierre.

—Sí, nos conocimos todos esta tarde—le respondió Amanda que los veía sonriente.

—Qué bien, entonces nos podemos saltar las presentaciones y vamos directo al grano ¿Que quieren tomar?

Amanda comenzó a reír— Jean Pierre, no seas grosero. Queremos saber un poco más de tu amigo.

—Creo que eso debe decirlo él, no sé cuánto quiere que diga.

—Que misterioso ¿Acaso está huyendo de algo?

—No que yo sepa, a no ser que haya algo de lo que no me he enterado en estos días—bromeó.

—Desafortunadamente no hay nada extraordinario, Amanda. Soy solo un hombre normal que ha venido aquí para hablar con un buen amigo y de paso conocer a su familia.

—Ya era hora, tenemos 20 años de hacer negocios y jamás me ha aceptado una invitación. Lo único que le gusta es hablar de negocios.

—Me disculpo por eso. Reconozco que desde hace mucho tiempo he debido conocer a tu hermosa familia, amigo mío.

—Bueno hombre, nunca es tarde—Jean Pierre fue por dos copas de vino y dos vodkas para sus invitados mientras Amanda salía a ayudarlo supuestamente y dejaba solos a Rose con Sean.

Ella se quedó en silencio sin saber muy bien que decir.

—Perdone mi atrevimiento,pero tengo que decirle que se ve usted muy hermosa esta noche.Ella pareció sorprendida por el halago—gracias.

—Ese vestido se le ve precioso y resalta enormemente sus ojos. Rose

agradeció internamente a su amiga que la había casi que obligado a ponerse el vestido.

—Ya veo que la estoy incomodando con mis palabras.

—Oh no, para nada. Es solo que para ser sincera hacía mucho no recibía un halago sincero y estoy un poco fuera de base.

—Yo pensé que estaba más que acostumbrada—su mirada era intensa, como queriendo saber que pensaba—dígame algo señorita Cowell ¿Hace mucho vive aquí?

—Nací en Los ángeles, pero llevo mucho tiempo viviendo aquí.

—Ya veo. Me imagino que estará aburrida de ver todos los días esas montañas en el paisaje.

—Para nada, es lo más bello del mundo para mí. Me encanta verlas allí cuando me levanto y también cuando me voy a dormir. Pero creo que usted es el que está aburrido.

—Yo estoy fascinado con el paisaje—la recorrió con la mirada.

Jean Pierre comenzó a dar golpecitos contra la copa de vino que sostenía llamando la atención de todos—quisiera hacer un brindis por los buenos amigos.

—salud—dijeron todos al unísono.

—Y también por la bendición de poder estar en un día como este con la familia que es lo más importante—dijo abrazando a su hija que estaba a su lado y a su esposa que estaba en el otro.

Todos alzaron sus copas y brindaron con él. Luego pasaron a la mesa y entre charla y charla la noche transcurrió muy agradable hasta que llegó la hora de marcharse y Sean le hizo una invitación sorpresiva a Rose.

—Señorita Cowell, me gustaría mucho invitarla a almorzar mañana si no tiene ningún compromiso.

—Bueno, yo...tenía que hacer algunas cosas, pero...

—Por favor—insistió él—quisiera agradecerle por haberme ayudado.

—Oh no, de verdad eso no es necesario—dijo quitándole importancia al asunto.

— ¿Siempre es así de difícil para aceptar una invitación?—le preguntó divertido.

Ella sintió algo de vergüenza. La verdad es que el hombre solo estaba siendo amable y ella no paraba de darle excusas—Está bien, si insiste, podemos vernos para almorzar donde quiera.

—Muy bien, entonces a la una paso por usted.

—Está bien—ella se dio la vuelta para irse pero él, la retuvo un momento—espere, esto se le está olvidando—le ayudó a colocarse su abrigo y mientras lo hacía sus manos tocaron suavemente sus hombros, haciendo que ella sintiera pequeños corrientazos de placer ante su tacto.

—Gracias...—ella no lo miraba, sin embargo se detuvo un momento—creo que si va a invitarme a almorzar no hay razón para que me siga hablando de usted. Llámeme Rose—le dijo, y luego se fue caminando de prisa hacia su auto.

Sean sonrió complacido y la dejó ir, pero si por él hubiera sido se habría ido con ella hasta su casa y la hubiera seducido. Le encantaba el contraste entre la mujer rígida de moño apretado, que lo atendió en la biblioteca y la mujer preciosa, vestida de manera sensual que había estado esa noche en casa de sus amigos.

La tarde siguiente, Sean estuvo muy puntual recogiendo a Rose y se fueron a un restaurante a orillas de un río. Era un sitio pintoresco y a la vez muy bonito. Se escuchaba el ruido de los comensales, y obviamente el de los niños que llegaban con sus padres a comer allí también, pero en cierta forma

también era tranquilo. El sitio quedaba al lado de un muelle y las personas después de comer se ponían a caminar hasta la punta y veían los peces que llegaban en bandadas porque les echaban pequeñas migas de pan.

— ¿Te gusta el sitio?

—Es bonito.

—Es uno de los restaurantes más concurridos del pueblo. La comida es muy buena y Gina es una buena amiga.

—Ya veo que aquí todos se conocen.

—En cierta forma es algo bueno.

—No veo como sería bueno que todo el mundo supiera lo que haces y viviera enterado de tu vida o tú de la de ellos.

—Es lo mismo que te debe pasar a ti en Nueva York. Todo el mundo sabe de tu vida, solo que a diferencia de que sea por que vives en un pequeño pueblo, es porque eres un hombre importante y sales en las revistas.

—Es verdad, nunca lo había visto de esa manera.

—Y la ventaja es que aquí todos nos ayudamos. En las revistas es solo cuestión de chismes, de saber de la vida de los demás para hablar de ellos o tenerles envidia. Aquí en cambio, cuando Gina enviudó, porque su esposo murió en Irak sirviendo a su país, todo la ayudamos. La gente del pueblo le llevaba cosas a su casa y cuando digo cosas, me refiero a todo, desde cosas para el aseo, comida, hasta pañales para su bebé que en ese momento tenía un añito de nacido, y cuando al final resolvió que deseaba su propio sitio donde ella cocinara las cosas que sabía hacer, gente como Fernando el dueño de la ferretería, le dejó los materiales más económicos, el que le arrendó el local no le cobró por los primeros seis meses y así la gente fue colaborando en lo que podía.

—Son bastante unidos por lo que veo.

—Eso es lo que hace un pueblo pequeño, aunque no te mentiré.

También puede ser un fastidio el vivir así, porque como dices saben todo de ti y a veces todo lo que deseas es privacidad.

—Hola, linda. Qué bueno verte por aquí—dijo una voz cantarina. Cuando Sean alzó la mirada vio a una mujer afroamericana que le sonreía a los dos—quieres la carta, cariño?—le dijo a él—o puedo recomendarte la trucha ahumada con un pequeño toque de pimienta y limón, estofado de carne de ciervo o mi pollo frito especial—le guiñó un ojo—una receta por la que muchos asesinarían.

—Yo quiero lo que ella pida, Rose sabe más que yo de lo que es bueno por aquí.

—Hombre inteligente—dijo Gina.

—Pues yo pediré el estofado y el pollo frito para los dos. Y por favor tráeme muchos biscuits y miel, también algo de esa ensalada de col que te queda deliciosa y dos refrescos.

—me imagino que eso es para compartir—Sean se veía sorprendido.

—Por supuesto, jamás me comería todo eso sola.

—Cada vez me caes mejor, Rose Cowell. No eres para nada una chica convencional. No hay nada más aburrido que una mujer que coma como un pájaro.

—Bueno, ya puedes ver que así no soy yo. Hace mucho tiempo me dejó de importar lo que un hombre piense de mí. Si le parezco que como mucho pues que se busque una que coma menos y si le parezco gorda pues quemire para otra parte y se aleje.

—Suena bien para mí—dijo él mirándola con cierta fascinación por la forma en la que hablaba—. Parece como si antes alguien te hubiera hecho daño.

—No, no es eso, pero tampoco pienso permitir que lo hagan. Hay demasiadas mujeres en este mundo matándose de hambre por la opinión de

los demás como para entrar en esas estadísticas ¿No te parece?—su rostro solo mostraba inocencia, pero él sabía que había algo más.

— ¿Eres así de práctica para todo, Rose?

— ¿Porque quieres saberlo?

—No me contestes con otra pregunta, por favor—su mirada ahora, era seria.

—Lo soy—le respondió lo más honesta que pudo. ¿Te gusta esa respuesta?

—Tal vez—ambos estaban fijos el uno en el otro y la tensión era palpable. Rose había decidido, después de mucho pensarlo, que ese era el hombre con el que quería acostarse, sin compromisos. Ella sabía que él deseaba lo mismo, porque ningún hombre de mundo volvería a un pueblo como ese por ningún motivo, así que ella sabía que solo sería un buen revolcón y que de tener una pequeña aventura con él, no duraría mucho. Por ella estaba más que bien, pero necesitaba saber, si por él también.

Pasó una media hora y llegaron los platos con el olor más increíble.

—Esto huele muy bien.

—Claro que sí, lo hice yo—le contestó Gina y se dio la vuelta para irse.

—Por lo menos es muy segura de sí misma—dijo él

—Gina simplemente es especial. Solo no te metas con ella o te pondrá un ojo morado.

Ambos se dedicaron a su comida y estuvieron hablando hasta que fue el momento de irse. Al llevarla a casa ella le agradeció por la tarde tan animada que habían pasado y lo invitó a tomar un café. Sabía que si él sentía lo mismo, el momento sería ese. Al entrar a la casa, él se sentó en la sala mientras Rose

servía dos tazas de café.

— ¿No tienes algo más fuerte?—le preguntó.

—Tengo una botella de vino tinto, pero no estoy segura de que esté a la altura de tu paladar. Me imagino que tus gustos son caros.

—No me importa que no sea un vino de cosecha del 50 o más viejo. Me importa más la compañía.

Rose sacó la botella de vino de su nevera, la tenía allí desde hacía mucho esperando un buen momento y jamás se imaginó que sería en su casa y con un hombre como Sean. Luego se sentó a su lado y chocaron sus copas—por una mujer especial.

— ¿Y quién sería esa mujer?—lo miró con una sonrisa burlona.

—Sabes bien que eres tú—tomó un trago de vino.

—Te gusta—el rostro de ella estaba un poco más cerca del de él.

—Me encanta, pero lo que realmente quiero probar es esto...—tomó sus labios de manera posesiva, no fue delicado, ni caballeroso. Él simplemente parecía arrasarla e inmediatamente tomó su cintura mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos. Rose se dejó llevar por el deseo que tenía de estar con ese hombre. Todo él era masculinidad y su olor era tan varonil que la hacía estremecerse. Deseaba que la tomara en ese mismo instante y a la mierda con todo, sería un polvo grandioso y luego cada quien por su lado. Sean acarició su espalda y subió las manos hasta su cabello. Con su lengua traviesa la penetraba de una forma que dejaba ver claramente lo que quería hacer en realidad y era consciente de que ella lo sabía, pues su pequeña queja al terminar el beso, lo dijo todo.

***¡Oh Dios, Quiero más!***

Ella solo pensaba que si ese era un adelanto, quería todo el paquete, porque en ese momento se sentía totalmente húmeda.

—Rose...quiero,

—No digas nada—le tapó la boca con una mano—no quiero que hablemos de nada. Solo sé que nos gustamos y que quiero esto—le dijo dándole la respuesta que él quería escuchar. Sean, enseguida la tomó en brazos.

— ¿Dónde queda tu habitación?

—A la izquierda —respondió ella con la misma prisa que tenía él. Cuando llegaron allí se despojaron rápidamente de su ropa cerca a la puerta. Ella le desabotonaba la camisa, mientras que él le quitaba la blusa y la besaba. Luego mientras ella desabrochaba su pantalón él probaba sus pechos haciéndola gemir. Sean no quiso esperar más y él mismo terminó de quitarse los pantalones y el bóxer, luego la cargó y la llevó a volandas hacia la cama y dejó caer ambos cuerpos en ella para enseguida comenzar a devorarla con su boca, obsesionado con bajar sus pantalones para poder besarla en cada parte de su cuerpo. Cuando por fin lo logró, sus manos empezaron a recorrer sus piernas, sintiendo su suavidad.

—Tienes la piel más hermosa.

Rose sonrió y enredó sus manos en el cabello de él atrayéndolo hacia ella.

Los dedos de Sean se escurrieron por sus labios vaginales y acariciaron su clítoris lleno de deseo, pellizcándolo con suavidad. Sus dedos trabajaron insistentemente en su núcleo y Rose se encontró abriendo sus piernas más, para que pudiera tocarla mejor. El calor comenzó a subir y los latidos de su corazón se aceleraron a tal punto que pensó que explotaría. Sus piernas temblaron y un grito ahogado salió de sus labios mientras que el orgasmo la recorría por completo.

— Así es cariño, córrete para mí. —le pidió él—. No te imaginas lo perfecta que te ves en este instante.

Rose no pudo contener un orgasmo que agitó todo su cuerpo y comenzó a lloriquear cuando Sean siguió acariciando su clítoris con el pulgar mientras se corría, más y más.

Sean la miraba, sin perderse nada de su orgasmo, viéndola respirar cada vez más fuerte, y sintiendo su corazón palpitando fuerte, casi saliéndose del pecho. La sujetó hasta que sus temblores cesaron y rápidamente agarró sus caderas, y la penetró con un movimiento certero.

—Sí. Sí. Sí. Rose sentía que el aire se iba. El pene de Sean la abría a la vez que las paredes de su canal se aferraban a él estrechamente. Rose presionó contra el cuerpo de Sean, desesperada y ansiosa de retenerlo dentro de ella.

Un sollozo salió de su boca cuando las caderas de Sean se separaron de las de ella, sacando el pene casi completamente para embestir de nuevo con un gruñido grave.

—Nena, se siente tan bien...—mordisqueó su oreja y le pasó la lengua, luego bajó por su cuello hasta llegar a su hombro.

Sus manos se apretaron en los senos de Rose, los dedos presionando los pezones y acariciándolos mientras Rose apretaba sus caderas contra él para sentir el mismo entrar y salir dentro de ella.

— No puedo esperar —rugió él, liberando uno de sus pechos. Su respiración pesada, hacia cosquillas en el cuello de Rose.

Ella deseaba ser suya, estaba ansiosa por ello.

—Yo también lo necesito.

Sean agarró sus caderas con fuerza y ella gimió de gusto cuando él empezó a moverse, penetrándola, empujando con golpes fuertes. El sonido de sus sexos al chocar, sus gemidos confundándose con los de ella, la llevaban en un torbellino de sensaciones hasta casi hacerla perder el sentido.

— Te sientes tan húmeda...tan perfecta.

Ambos jadeaban, tratando de buscar aire, el cuerpo de Rose encharcado en sudor por el esfuerzo de ambos. Después ella solo cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás con un grito de placer. Sean alcanzó el clímax poco después con tal intensidad que le fallaron los brazos. Estaba totalmente exhausta, su vagina convulsionando, succionando el miembro de Sean.

— ¡Dios! —exclamó Sean, tensando los músculos mientras seguía llenando con su esencia el interior de Rose.

Su cuerpo sudoroso se fundió con el de ella; sus brazos protectores rodeándola. Enterró la cara en su cabellera, murmurando incoherentes palabras mientras recobraba el aliento. Rose yacía débil, incapaz de moverse. Así estuvieron un buen rato perdidos en sus pensamientos. Finalmente, Sean se incorporó y se dejó caer en la cama, con ella sujeta contra su regazo.

Rose siempre había deseado ser amada así por un hombre, pero lo que menos se imaginó, es que sería precisamente el hombre con el que solo había pensado pasar un loco fin de semana para calmar su pequeña picazón. Le puso los brazos alrededor del cuello y acercó los labios de Sean a los suyos, deseando que esa noche nunca terminara.

## Capítulo 3

La mañana siguiente ambos se levantaron muy temprano, porque ella debía ir a trabajar y él tenía que ir por su auto a al taller. Un extraño silencio parecía haberse alojado entre ellos. Sean quería decir algo pero no sabía qué. No estaba acostumbrado a dormir con las mujeres con las cuales tenía sexo y sin embargo lo tomó por sorpresa amanecer allí con Rose, abrazados.

—Te gustan los huevos revueltos—le preguntó ella.

—Sí, me gustan, pero no tienes que hacerlos, yo puedo desayunar en una cafetería.

—Podrías, es verdad, pero yo quiero hacerlo.

Él la miró extrañado.

—No te preocupes, no significa que ahora quiera casarme contigo.

Él se echó a reír—no estaba pensando eso.

—¿Entonces qué?

—Solo que me pareces una mujer hermosa, divertida y además sabes cocinar. — ¿Cómo es que no te has casado?

Ella se encogió de hombros—ya te dije lo que opino de las relaciones serias —sonrió y lo miró divertida—además son solo unos huevos, no es que sea una chef o algo así—le sirvió un plato con huevos y tostadas junto a una

buena taza de café.

—En todo caso, gracias. Esto se ve delicioso—comenzó a comer, mientras ella se sentaba a su lado y hacia lo mismo.

\*\*\*\*\*

Sean se fue esa misma tarde. En realidad el auto no era lo que lo había mantenido allí esos días, era Rose. Él tenía muchos autos y gente que pudiera recoger el que estaba en el taller cuando estuviera listo, pero no quería dejar de estar con ella. Después de esa noche que pasaron juntos, siguieron frecuentándose. Él se fue al hotel del pueblo porque no quería molestar más en casa de sus amigos, aunque ellos todo el tiempo le dijeron que no era molesto para nada. Él sin embargo quería evitar los cotilleos a causa de sus salidas con Rose, cosa que ya empezaba a rumorear el pueblo. Sean solía ir por ella a la hora del almuerzo y se iban de picnic a alguna parte que estuviera sola y tranquila, luego la llevaba de nuevo al trabajo y después de su jornada en la biblioteca, era ella quien lo buscaba al hotel y se iban a su casa a tener sexo como conejos. Cada noche era especial y apasionada. Él no podía quitarle las manos de encima y Rose tampoco, era como si algún tipo de fiebre los abrazara y no tenían suficiente él uno del otro hasta quedar totalmente exhaustos.

Pero las pequeñas vacaciones se habían terminado para él y ahora tenía varias reuniones esperándolo en su compañía. De hecho su asistente no hacía más que llamarlo diciéndole que ya no sabía que excusa dar por su ausencia. Estaban en la mitad de una gran fusión con otra empresa y él no podía darse

el lujo de andar de turista en un pueblo lejano, detrás de las faldas de la bibliotecaria.

Sean llegó a su oficina y su asistente lo miró como si acabara de ver a un fantasma.

—Buenos días, Lily.

—Buenos días, señor McKinnon.

—¿Está todo listo para la reunión?

—Sí, señor. Su socio lo espera en la oficina y los demás están en el salón de juntas.

—Envíame el informe de TechnoSoft, a mi oficina.

—Ya lo tiene en su escritorio, señor.

Como siempre, su asistente era una chica muy eficiente y se adelantaba a sus necesidades. Sean entró y vio a Steven que estaba leyendo los informes.

—Buenos días.

—Buenos días, amigo. Pensé que te quedarías en ese pueblo. Ya estaba pensando ir por ti.

—¿Tanta falta te hice?—lo miró burlón.

—¿Quién discutiría conmigo si no estuvieras?

—Discutes con todo el mundo, no me necesitas para eso.

Y hablando de discusiones, hoy tenemos una grande con la directiva de TechnoSoft, parece que después de haber aceptado nuestra propuesta, uno de los directivos se retractó y pretende que aumentemos nuestra oferta en un 25% más.

—Está loco. Esa empresa tiene suerte de que yo la quiera comprar con lo llena de problemas que está.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y cómo te fue allá?

—Bien, nada del otro mundo.

—No te creo. Tu cara parece...feliz.

—No voy a hablar de eso ahora. Vamos tarde a esa junta, así que apresúrate.

\*\*\*\*\*

Esa misma semana, Sean estaba volando a Los Ángeles, donde tenía un compromiso. Salió del hotel a la reunión pero todo el tiempo se la pasó pensando en ella. Luego de eso se fue a cenar y al volver a su habitación, encontró un mensaje de Sarah. Le decía que estaba en L.A y que deseaba verlo. Sean rodó los ojos, le daba fastidio de solo pensar en verla. Tomó su teléfono y buscó el nombre de Rose, estuvo a punto de llamarla, pero recordó que supuestamente lo que pasó entre ellos habían sido nada mas por esos días y que ella no quería compromisos. Al decir verdad, él tampoco los deseaba, pero esa chica le había gustado y quería verla de nuevo. Tiró el teléfono lejos y se recostó en la cama tapándose los ojos con su brazo. Lo mejor era dejar las cosas así, ahora mismo él tampoco tenía tiempo para relaciones, ni largas, ni fugaces.

Al día siguiente la fuerza de voluntad se había esfumado y Sean tomó su teléfono, hizo algunas llamadas y en poco tiempo estaba volando hacia Johnsonville para darle una sorpresa a Rose.

Rose estaba en su escritorio con la mente totalmente fuera de ese lugar, cuando Amanda llegó casi brincando a decirle que la buscaban. Cuando ella respondió que estaba ocupada, ella le dijo que le convenía, así que no se aguantó la curiosidad y fue a ver quién era. Al llegar al Lobby, se encontró con el rostro de Sean, que la veía sonriente.

—Hola Rose.

—Hola—ella sonrió al verlo allí de pie con un ramo de flores. Por algún motivo sintió emoción y alegría al verlo nuevamente.

—Quise sorprenderte.

—Y lo has hecho, no te quepa la menor duda.

—La sorpresa apenas comienza—su rostro se veía como cuando un ratón se come un gato.

—Tienes cara de esconder algo.

—Tal vez, lo hago. ¿Hasta qué horas trabajas hoy?

—Salgo en dos horas.

—Entonces te espero y nos vamos.

El tiempo pasó lentamente para ella, mientras hacía algunas cosas en la biblioteca. Al final salió y se fueron rápidamente. Sean jamás le dijo a qué sitio irían, solo habló de un paseo. Pero al llegar a un espacio abierto donde no había nada, ella lo miró extrañada.

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Acaso eres un psicópata o algo así?

Sean se echó a reír—para nada—la abrazó—pero no negaré que tengo ideas muy sucias contigo. De repente un helicóptero fue bajando hasta ellos con un ruido ensordecedor y ella se encontró subiendo maravillada dispuesta a dar

ese paseo.

Rose había volado un par de veces en avión, sin embargo, en un helicóptero las cosas eran distintas. El sonido del motor fue cada vez más fuerte mientras, las hélices giraban cada vez más deprisa y ellos iban ascendiendo.

Sean y ella estaban sentados el uno al lado del otro en los asientos traseros. Ambos llevaban los auriculares de otra manera no habrían podido escuchar nada. Miró por la ventanilla mientras el suelo desaparecía bajo ellos, y al instante estaban surcando el cielo. En poco tiempo Johnsonville empezó a verse como un pequeño pesebre y un rato después, ella se asustó cuando miró de nuevo por la ventanilla y notó que cada vez se alejaban más de su pueblo.

—Sean ¿A dónde diablos me llevas? La idea era dar un paseo no irnos lejos de Johnsonville

Él le hizo señas de que no dijera mucho, pues el piloto escuchaba todo lo que decían. Poco después llegaron a un aeropuerto privado donde había un Jet esperándolos.

—Esta es mi pequeña sorpresa para ti.

—Pero es que esto solo implica que vamos lejos y sabes que tengo que trabajar.

—Ya hablé con Amanda y ella quedó de ayudarme para que pudieras pasar un poco de tiempo conmigo—ambos subieron al jet y ella sonreía—esto es demasiado.

—No estás ni cerca de ver todo lo que te espera.

El jet ascendió y ella se dio cuenta de que volaban sobre el océano y poco después estaban aterrizando en Los Ángeles. Él se veía relajado y hasta divertido, mientras ella lo miraba con ganas de ahorcarlo. Rose esperó a que no hubiera gente allí cerca y entonces empezaron las preguntas. Él solo le dijo que confiara y que esperara, que pronto vería lo que pasaba. Cuando bajaron del avión, una limusina los esperaba pero por mas que ella quiso

saber lo que pasaba y a donde iban, cerró la boca tragándose todas las preguntas que tenía en su cabeza hasta que llegaron a un impresionante hotel que resultó ser el Regent Beverly Wilshire. Rose estaba en el cielo. *¡Oh Por Dios!!! El hotel de Pretty Woman!!!* Ella adoraba esa película, se la había visto millones de veces y soñaba con esa tina preciosa, con estar metida en ella y darse ese baño de espumas que Julia Roberts había tomado allí. Estaba tan emocionada que no pensó en nada más que en bajarse cuando de repente se acordó de que no estaba precisamente vestida para ese tipo de hotel. Se paró en seco cuando un hombre les abrió la puerta para que salieran del vehículo.

—¿Que sucede? —le preguntó Sean.

—No voy vestida para ir a un hotel así —dijo mirando su falda larga de flores y su blusa color café. ¡Se había vestido así para trabajar en la biblioteca, no para ir uno de los mejores hoteles del mundo!

—No te preocupes —respondió él y le agarró la mano.

—Fácil decirlo—su cara estaba roja de la vergüenza—tú no eres el que entrará con esta fachas y sin maletas. Necesito mi ropa, mis cosas. Si vamos a estar aquí, no puedo verme así—se señaló ella misma.

—No te preocupes, cariño. Te prometo que vas a tener todo lo que necesitas.

Casi inmediatamente una mujer muy elegantemente vestida se les acercó. Ella pensó que sería alguna amiga millonaria de Sean. Pero la mujer no habló con él sino con ella—Bienvenida a Los Ángeles, señorita Cowell—dijo con una amplia sonrisa—Mi nombre es Annette. ¿Me acompaña, por favor?

Rose miró a Sean.

—¿Qué está sucediendo?

Él le dio un pequeño beso—Nada malo, te aseguro que te encantará.

Rose no estaba muy segura, pero decidió ir con la mujer.

Annette la acompañó por el lujoso hotel hasta el spa. Una vez allí, su acompañante dio órdenes expresas de atenderla lo mejor posible. Así que ella se dedicó a una sesión extraordinaria de relajación y embellecimiento.

—He pensado, si es de su gusto, hacerle una exfoliación corporal, un masaje relajante, también manicure y pedicura, y por último un arreglo de cabello.

¡Ay Dios mío, ella era Julia Roberts en ese momento!—casi gritó de emoción, pero se contuvo y con su tono de voz más elegante asintió y dijo—: Suena maravilloso.

Pasó las siguientes horas relajándose mientras le aplicaban todo tipo de cosas en su rostro y en su cuerpo. Después, dejaron las uñas de sus manos y pies preciosas y cuando fue a la zona de corte y peinado, ya se sentía flotando en una nube de lo relajada que estaba.

Ivonne, una chica encantadora con una amplia sonrisa, sujetó su cabello de diferentes formas, preguntándole que tan corto quería su cabello y dándole consejos de colores y peinados de acuerdo a la forma de su rostro y solo unos minutos después le dijo rotundamente que su cuerpo parecía el de una modelo pero que ni se peinaba, ni vestía como una. Así que cuando saliera de allí sería así como luciría.

— ¿Confiarás en mí?—movió las pestañas dramáticamente, haciéndola reír.

—No lo sé—declaró Rose con un poco de temor. No quería perder su mata de cabello.

—Es solo pelo. Siempre crece, además estamos en luna creciente, te aseguro que para dentro de dos semanas, habrás recuperado lo poco que te voy a cortar y además tendrás unas hermosas capas que te harán ver muy chic.

Le divirtió lo emocionado que él estaba con su cambio de look y se dijo que no estaría mal sentirse como una modelo por una vez.

—De acuerdo, pero por favor, no me vayas a dejar un color extraño en el pelo y no me cortes demasiado.

Ivonne le guiñó un ojo—Está bien.

Mezcló varias cosas y le hizo algunos reflejos. Después le cortó el cabello en capas cortas y largas. Rose no pudo evitar sentir dolor al ver su cabello caer al piso. Enseguida comenzó a secarle el cabello de manera rápida y profesional, pero mientras lo hacía ella trató varias veces de mirarse y ella no la dejó.

Cuando Ivonne terminó, llegó una mujer para maquillarla y Rose escuchó con atención sus consejos para seguir maquillándose de esa forma, ya que era la que mejor le quedaba a su tipo de rostro. Después de que el maquillaje terminó Ivonne estuvo allí en segundos y le peinó por última vez, giró la silla

— ¡Voilà!!—dijo emocionada y la dejó verse en el espejo.

—! ¡Oh por Dios!—fue todo lo que pudo decir.

Ivonne perdió la sonrisa en su rostro— ¿No te gustó?

Ella se volvió a mirar. Era otra mujer la que estaba allí; seguía siendo ella pero parecía una actriz de televisión, su rostro se veía resplandeciente y no sabía si eran ideas suyas pero se veía más joven. Era una mujer muy sexy, en ese momento. Su cabello caía en capas sobre sus hombros con suavidad, sus ojos se veían mucho más expresivos... Miró a Ivonne —me encanta.

— ¡Mujer, casi me matas del susto!—se echó a reír.

Annette la esperaba en el momento en que salió.

—Señorita Cowell, ¿Qué tal la ha pasado?

—Muy bien. Gracias por todo, he quedado muy relajada por no hablar de lo bien que me siento con mi nuevo look.

—En verdad se ve muy bien, señorita—la mujer sonrió ante la

felicidad que mostraba Rose. — Ahora solo falta una cosa más, sígame por favor.

Rose la siguió intrigada, hasta que llegaron a una habitación.

—Esta es la suite del señor McKinnon, le mostraré su habitación.

Rose estaba asombrada al ver tanto lujo. La suite era hermosa, de grandes ventanales con una hermosa vista y una escalera de tipo caracol que daba a las habitaciones. A la derecha había una puerta y a la izquierda otra. Annette la llevó a la de la derecha y cuando entraron se encontró con la habitación más hermosa que había visto en su vida. Una cama gloriosa, enorme, con sábanas de seda, paredes de color marfil decoradas con cuadros de estilo moderno. Una vista preciosa y al darse la vuelta se encontró con un vestier que tenía el tamaño de su pequeño apartamento. Estaba todo lleno de vestidos y zapatos con un espejo enorme tipo camerino de grandes estrellas y a un lado, un baño en mármol de aspecto finísimo y la tina más espectacular que había visto en su vida. Ella sintió ganas de saltar allí mismo pero nuevamente tuvo que controlarse.

—La esperaré afuera—le dijo Annette.

Rose miró todas las prendas. Eran muy elegantes y de su talla. Al mirar la marquilla también notó que eran de diseñadores que solo había visto en revistas. Luego miró el precio y ahí terminó el sueño, sus ojos casi se salen de sus órbitas— ¡Maldita sea! No me pondré eso, si le cae algo a ese vestido tendré que venderle mi alma al diablo y todavía seguiré debiendo dinero para poder pagar esto.

En ese momento una mujer que no conocía entró a la habitación y le sonrió.

—Soy Gloria. He venido a ayudarla con lo que se va a poner esta noche. He traído vestidos de cóctel junto con todo lo que necesitará como complemento.

Era una mujer muy alta que vestía de manera sobria pero elegante—su novio

ha dicho que ha sido un viaje improvisado y que no ha podido traer ni siquiera lo esencial.

—Oh sí, fue algo bastante improvisado—dijo ella recordando la manera intespestiva en la que casi la sacó de su trabajo.

– ¿Qué le parece si elige un vestido y mira qué tal le queda?

Rose Se acercó al perchero con cierta timidez y eligió un vestido sencillo de escote discreto en un tono azul oscuro. Cuando le dio la vuelta vio que dejaba ver toda la espalda y más allá, de manera que lo descartó. Luego vio otro de color blanco que era hermoso; parecía una larga camisa de seda hasta un poco más arriba de sus rodillas, así que dejaba ver sus piernas. La parte superior era un escote en V totalmente bordado en lentejuelas plateadas y canutillos de color negro formando flores, y de ambos lados del escote salía un pequeño cordón de seda que al final terminaba en dos perlas y se amarraba para hacer un poco más abierto o cerrado el escote. Este era de Roberto Cavalli y le fascinaba. Pero el que de verdad la había enamorado, era uno de corte romano en seda de color marfil, cuya parte superior que dejaba ver uno de los hombros y el otro lo cubría con un hermoso tul blanco, la parte inferior era totalmente lisa hasta las rodillas en la misma tela de seda. Era sencillo pero sofisticado y le gustaba como parecía adaptarse a su cuerpo, era como si estuviera hecho para ella.

—Carolina Herrera. ¿Le gusta? —le preguntó Gloria—este es un vestido de seda, para coctel—lo miró con aprobación—es impecable, tiene buen gusto—comentó admirando el hermoso material de la prenda— ¡Ah! Olvidaba esto—le entregó sujetadores con braguitas a juego, de color negro, rojo y marfil, que eran una belleza. Ahora póngase esa ropa interior debajo de ese vestido y estará lista. Rose así lo hizo y al terminar se vio en el espejo

—Se ve muy bonita—le dijo Gloria sonriendo. Le pasó unos tacones altos que afortunadamente ella sabía manejar bien ya que siempre usaba

tacones para ir al trabajo. Y al mirarse de cuerpo entero, se gustó a sí misma y se dio cuenta de que tal vez debía esmerarse un poco más en su vestimenta y no ponerse esos vestidos tan serios, de colores austeros para ir a la biblioteca. El hecho de que trabajara allí, no implicaba que no pudiera verse con colores un poco más alegres y ropa más moderna y elegante.

—Todo está hermoso—exclamó feliz. Cada vestido que me probé hoy, es más hermoso que el anterior.

—Me alegro mucho que le gusten. Haré que se lleven lo que no va a necesitar.

—Pero... ¿Es que todo lo que me ha gustado lo vas a dejar?

—Por supuesto —dijo sonriendo. No puede vestir solo eso que lleva —le señaló lo que tenía puesto. Necesita las demás cosas.

—Pero es que yo solo voy a estar hoy en el hotel y me imagino que nos iremos mañana en la mañana.

—Hasta donde tengo entendido, es más de una noche, pero creo que es mejor que eso lo discuta con el señor McKinnon.

Ella sintió en acuerdo.

—Annette la espera afuera.

## Capítulo 4

—El señor McKinnon está abajo en el lobby.

—Está bien, entonces ya bajo—le contestó, pero mientras lo hacía no dejaba de sentir algo de susto por esto que estaba sucediendo. Era como un sueño. Y esa noche quería disfrutar de todo. Se detuvo frente a una enorme puerta, un hombre le abrió y le hizo señas de que pasara. Rose pudo constatar que la elegancia del lugar era incomparable en cualquier rincón. En esa parte del hotel había sofás y sillones cerca de una terraza que era inmensa. Vio un comedor privado al fondo donde divisó a Sean que la esperaba en una mesa. Llevaba un traje oscuro con una camisa blanca y corbata a juego. *¡Dios, se veía delicioso!* Y lo mejor de todo es que la miraba como si fuera el mejor pastelillo del mundo.

—Rose, te ves hermosa—caminó hacia ella.

—Gracias.

—Es un vestido precioso y tú haces que se vea mejor—la besó en la mejilla—¿Quieres sentarte?—le corrió la silla y después cuando ambos estuvieron cómodos, sacó el champán de la hielera.

—Quiero brindar por ti —le dijo entregándole una copa de champán— por una mujer muy especial —su mirada era apreciativa.

—Todo esto es como un sueño —dijo ella después de tomar un poco de su bebida— ¿Siempre eres así con todas las mujeres?

Él se echó a reír—Solo con las que me interesan demasiado.

Esa noche estuvieron hablando hasta muy tarde y luego ambos se fueron a la suite para dar rienda suelta a su deseo.

Dos días después ambos despertaron juntos y de nuevo ninguno de los dos sabía que decir. Ella recordaba abrir los ojos y estar en sus brazos y fue la mejor sensación de todas, pero luego cuando él abrió los ojos y la miró directamente, ella pensó que podía enamorarse de ese hombre y un miedo aterrador comenzó a instalarse en su corazón. No solo compartían buen sexo, sino que ambos se divertían mucho juntos, tenían gustos similares en muchas cosas y disfrutaban de su mutua compañía. Ese día tenían que regresar a sus vidas y conservar los buenos recuerdos del tiempo que pasaron en Los Ángeles. Su viaje en helicóptero nuevamente fue fabuloso, pero esta vez, ya no sentía expectativa sino un poco de tristeza. Llegaron a Johnsonville un rato después y él la acompañó hasta la puerta de su casa.

—No sabes lo bien que la pasé contigo, Rose.

—Gracias por estos días tan increíbles. Por todas tus atenciones. Fue como un sueño.

Sean sonrió—Esa era la idea, que te sintieras muy bien.

—Pues lo lograste—sonrió nerviosa.

Él se acercó para darle un beso y enseguida estaban enfrascados en un gran abrazo y un beso apasionado.

—Me encantas, Rose—le dijo acariciando su cuello con la nariz y luego como si le costara mucho trabajo alejarse de ella, se fue caminando pesadamente hacia su auto. Rose entró a su casa y se encontró con su eterno compañero, que movió la cola alegremente y la miraba como diciendo que

era una tonta por no haberle dicho que se volvieran a ver.

Después de dos semanas sin verla ya no sabía qué hacer. Él se había despedido de ella, pero ninguno de los dos había dicho algo respecto a verse de nuevo. Para ambos estaba claro que fue algo pasajero como la última vez, aunque ahora que lo pensaba no estaba tan claro para él.

—Lily—llamó por el intercomunicador—por favor envía un arreglo de rosas a la señorita Rose Cowell en la dirección que te daré ahora mismo. Dos segundos después, su asistente muy eficiente como siempre, entraba a la oficina, para tomar apuntes sobre la dirección y el mensaje que escribiría en la tarjeta.

—Solo escribe “Gracias por dos días maravillosos”

—Muy bien, señor. ¿Se le ofrece algo más?

—Nada más por ahora.

Sabía que no era buena idea enviarle esas flores pero desea ver si ella había cambiado de opinión con respecto a verse de nuevo—tomó unos papeles que debía firmar con aburrimeinto, no podía creer que actuar como un jovencito enamorado, cuando sabía muy bien lo que era un revolcón pasajero porque de esos había tenido muchos. Pero ahora...sentía algo distinto. De un tiempo para acá quería una familia, algo seguro, un sitio al que llamar hogar, como lo tenían algunos de sus amigos. Aunque para ser sincero, solo unos pocos tuvieron la suerte de dar con una buena mujer, porque en su círculo social solo abundaba la superficialidad.

Esa misma noche después de una reunión de negocios, llegó a su casa y mientras se duchaba, escuchó que su teléfono sonaba. Salió casi volando del baño y casi resbala en el camino a tomar su celular.

— ¿Bueno?

—Hola Sean—era la voz de Rose.

—Rose, ¿Cómo estás? Es bueno oírte.

—Gracias. ¿Cómo has estado tú?

—Muy bien. Dime algo...¿recibiste mis flores?

—Sí, muchas gracias. Están hermosas.

—Me alegro que te gusten, yo solamente estaba pensando en ti y tuve el deseo de enviártelas.

—Bueno, yo...te llamo para agradecerte por las flores.

—Está bien, fue un placer. Pero ya que me has llamado, quiero aprovechar la oportunidad para invitarte a Nueva York. ¿Qué te parece?

—Yo no creo que sea buena idea.

— ¿Porque?

—Sabes que la idea nunca fue tener una relación, ni siquiera a larga distancia.

—No te preocupes por eso. Estoy claro en lo que ambos queremos y lo único que deseo es verte y que la pasemos bien—trató de quitarle importancia al asunto, para que ella no se sintiera presionada.

—Sean...yo te agradezco de verdad, pero no creo que sea buena idea. Es mejor que continúes con tu vida y dejemos las cosas hasta ahí.

—No veo la razón de eso, Rose. ¿De verdad vas a perderte la oportunidad de venir a Nueva York y pasarla bien juntos, solo porque tienes locas ideas de que yo deseo algo formal contigo o que te voy a pedir matrimonio apenas llegues aquí?

—Bueno...si lo pones de esa forma...

—Solo ven, preciosa. Te echo de menos a ti y a ese hermoso cuerpo tuyo—su voz ahora sonaba muy ronca. Y ella no pudo evitar sentir que sus bragas reaccionaban a ese tono. Si era sincera consigo misma tampoco se lo había podido quitar de la cabeza. Pensaba mucho en esas noches junto a él y

lo bien que le hacía el amor.

*¡Qué diablos!*

Se regañó a si misma por ser tan tonta, desde la última vez que habían salido ella no dejaba de pensar en que deseaba hacerlo de nuevo. El único sitio que conocía para hacerlo era la casa de su tía en un pequeño pueblito en Oklahoma y no era precisamente vacacionar, pero de todas formas era un sitio diferente de donde vivía.

— ¿Qué te parece si me dejas pensarlo?

—De acuerdo, preciosa. Solo piénsalo y me dices más adelante si aceptas.

—Está bien. Ahora tengo que irme, hoy soy la monitora del bingo y no puedo llegar tarde—comenzó a reír.

—Suerte con eso, linda—también se echó a reír imaginándosela aburrida en un sitio lleno de gente aburrida y viejitos pensionados—Espero tu llamada.

Cuando colgó, Sean se sintió feliz. Sabía que ella pronto diría que sí, y pocas veces su intuición fallaba.

Pero los días fueron pasando y por más que Sean insistió, ella no estaba segura de lo que podría pasar entre los dos, aunque se moría de ganas de verlo, no quería meterse en relaciones serias y mucho menos a larga distancia. Y ese hombre le gustaba demasiado.

\*\*\*\*\*

El tiempo fue pasando y ella nunca lo llamó, Sean insistió enviando flores, mensajes, la llamaba, aunque las últimas veces ella no quiso responder a sus mensajes, ni a sus llamadas. Él se dijo que había muchas mujeres y que si ella no deseaba ir a Nueva York pues tampoco iba a rogarle. Poco tiempo después hubo un evento de beneficencia y él fue acompañado de la hija del embajador de Francia. Una preciosidad que hizo de él la envidia de los allí presentes. Toda la noche estuvo bailando con ella y al decir verdad se divirtieron mucho, pero era el tipo de mujer para nada más que esos eventos. Solo vivía pendiente de la moda y toda la noche le habló de cada uno de los invitados que conocía y de lo mal o bien vestidos que estaban. En algún momento alguien les tomó unas fotos y eso dio pie a que comenzaran los cotilleos sobre que era su nueva conquista.

—Por Dios, no han pasado ni 24 horas—se quejó él, con su amigo Steven.

—Así es la prensa, mi amigo. Hay que tener cuidado con esa gente.

—Lo que me faltaba, unos idiotas hablando sobre mi vida personal y asegurando que esa será la próxima señora McKinnon.

—No les hagas caso, hombre. Te saldrán canas con las preocupaciones. Esa gente se gana la vida de esa forma, inventan noticias sino las tienen. Afortunadamente no tienes una novia en serio en este momento o eso sí sería un problema grande. Las mujeres detestan este tipo de cosas, todavía recuerdo cuando mi ex, vio una foto en una revista donde aparecía yo con la entonces miss universo que estaba allí en el evento solo porque hacía parte de sus obligaciones como reina, en ese momento.

— ¿Y qué pasó?—le pregunto intrigado, Sean

— ¿Es que acaso nos ves juntos? Ella me mandó al diablo.

— ¿Se divorciaron por eso?

—No precisamente, ya teníamos nuestra historia de guerra, pero digamos que esa fue la gota que derramó la copa y hasta allí llegó todo.

—No quiero que eso te pase a ti, por eso debes tratar de ser más discreto, hermano.

— ¿Discreto?

—Steven, soy una figura pública. Esos desgraciados están en todas partes, no tengo privacidad ni en el baño—le gritó.

—Debes intentar mantener bajo perfil a Rose. Según me has contado es importante para ti.

—Lo es, pero en realidad no tenemos nada.

—Aún—dijo él con una sonrisa lobuna.

—Esa chica es un hueso duro de roer.

—Y por eso mismo te gusta tanto.

—Tal vez—respondió pensativo—no lo había mirado de esa forma, pero el hecho de que ella no se le ofreciera cayendo a sus pies como todas las demás sino que antes le dijera que solo un polvo y luego lo mandara al diablo, era algo inusual para Sean.

*¿Será que a eso se resume todo? ¿Un simple capricho con una chica que no cae fácilmente?*

Esa misma semana, Sean estaba ocupado con un evento de caridad que hacía su empresa y del cual era el principal promotor. Lotomó por sorpresa una llamada totalmente inesperada.

— ¿Bueno?

—Soy yo, Rose—sonaba molesta.

—Que agradable sorpresa.

Ella no respondió.

— ¿Pasa algo? Te escucho extraña.

—No me pasa nada. Solo quería preguntarte cómo es que te la pasas enviándome flores y mensajes todo el tiempo para que vaya a verme contigo a Nueva York, pero resulta que estás tomándote fotos con cuanta modelito se te cruza por enfrente.

— ¿Y... a que se supone que se debe ese tono?

— ¿Cual tono? Solo te hice una pregunta.

—No sé si te has dado cuenta, pero pareces mi novia y no una amiga como insistes en llamarte todo el tiempo.

—Sé que no soy tu novia y ni en un millón de años lo sería. Un hombre que se la pasa de falda en falda, no me interesa, aunque de todas formas nada iba a pasar entre nosotros.

— ¿Sabes? Eso es lo que me causa más curiosidad. Si nada iba a pasar entre nosotros ¿porque me reclamas de esa forma? Suenas demasiado molesta por un amigo que sale con una chica—ahora estaba burlándose de ella.

—Pues no te hagas falsas ideas, Sean. Solo llamaba para dejar muy en claro que no pienso ir a Nueva York y por favor, no sigas insistiendo. Que tengas una buena vida, Adiós—colgó el teléfono.

Él se quedó con el aparato en la mano, riendo entre sorprendido y divertido por sus celos. Ella podía decir lo que quisiera pero eso era un ataque de celos. Lejos de alejarlo o desanimarlo, eso que acababa de pasar le dio los motivos necesarios para seguir insistiendo porque sabía que a ella le pasaba lo mismo. Aunque quisiera negarlo, Rose tampoco sentía que solo deseaba algo pasajero con él.

\*\*\*\*\*

Todos los hombres son unos estúpidos—sentenció Rose esa tarde al lado de su amiga que se devanaba los sesos tratando de ingresar la nueva base de datos de los libros que recién habían llegado a la biblioteca.

—¿Lo son?—la miró escéptica.

—No me mires de esa forma, sabes que es verdad.

—Cariño, yo tuve un hermoso matrimonio. No hubo mujer más feliz que yo, hasta que mi marido se fue por esa horrible enfermedad—acarició su espalda—no sé lo que es sufrir por causa de tu pareja porque mientras mi George estuvo vivo, siempre vivimos como de luna de miel, aunque tuvimos nuestras altas y bajas pero nada que no pudiera solucionarse dialogando.

—Entonces serás la única en el planeta tierra.

Amanda comenzó a reír—No lo soy, pero soy consciente de que hay que buscar bastante para tener mi suerte—se puso seria—ahora ¿medirás lo que te ha pasado?

—Tengo tanta rabia con ese idiota de Sean—tomó uno de los libros—quisiera aplastarle uno de estos bien pesados en la cabeza.

—Así de mal ¿Eh?

—Puedes creer que tuvo el descaro de invitarme a Nueva York no

sé cuántas veces, con el pretexto de que le hacía falta, que quería verme de nuevo, que no olvidaba nuestro corto tiempo juntos y resulta que cuando le dije que lo pensaría, él se fue de fiesta con una modelito, de esas que los hombres como él, suelen frecuentar.

—Oh querida, lo siento. No me imagine que fuera a hacerte algo así. Pero a su favor, tengo que decir que tú tampoco tienes algo serio con él. De hecho le has dado vueltas y vueltas al tema de ir a Nueva York.

—Lo sé, pero es que no es fácil dejar todo aquí tirado aunque sea por unos días para irme con él. Además yo no quiero acostumbrarme a él y tener algo más...no sé...algo más...—no podía encontrar las palabras.

—¿Formal? ¿Serio?—terminó Amanda por ella.

—Sí—ella le confirmó con aprehensión en la voz.

—Creo que jamás lo sabrás si no vas a Nueva York y miras lo que pueda pasar.

—Bueno...creo que eso ya no será posible—dijo levantando la barbilla en un gesto de terquedad típico de ella—Anoche lo llamé y le dije unas cuantas verdades, luego le colgué el teléfono.

Amanda rodó los ojos y negó con la cabeza—Rose querida, ese temperamento tuyo es algo en lo que debes trabajar.

Ella se levantó de su silla—tal vez, pero ahora, lo hecho, hecho está—se fue alejando con el carrito lleno de libros —me pondré a ordenar todo esto, nos vemos después.

## Capítulo 5

Al día siguiente, Rose se esperó todo, menos lo que escuchó de boca de su amiga.

— ¿Ya supiste lo que hizo tu amigo, Sean?

— ¿No, envió algún ramo de flores hasta aquí?—le preguntó sintiéndose ansiosa, porque sabía que ese era el estilo de Sean.

—Creo que es algo mucho mejor que eso. Una definitiva muestra de que le interesas, y mucho—su rostro resplandecía de felicidad.

—Para que tengas ese semblante debe ser algo grande, porque solo te falta suspirar—no pudo evitar el sarcasmo en su voz.

—Serás tú la que suspire al saberlo.

— ¡Bueno dime ya!—le dijo con impaciencia—no has hecho otra cosa más que dar rodeos.

— ¿Te acuerdas de que le comentaste en la fiesta de acción de gracias de los Dupree sobre el programa para niños de alto coeficiente intelectual que patrocina la biblioteca del pueblo?

—Sí, claro.

—Pues acaban de hacer una importante donación a la escuela para el programa. Y un pajarito me dijo que aunque había sido confidencial, ella se había enterado de quien venía y como supo que yo lo conocía, vino a decírmelo.

—Me imagino que el pajarito fue Elsa—dijo riendo.

—¿Cómo lo supiste?

—Es la única secretaria del rector y es bastante sociable, por no decir chismosa.

—En todo caso, lo que menos importa es quien lo dice, lo que importa es que Sean hizo esto por ti, lo sabes bien.

Ella pensó en lo que había sucedido aquel día cuando le habló de esos niños. Recordaba que habían salido juntos ese día y ella tenía que ir a la escuela a leerles a los niños de la escuela y se encontró con los padres de uno en especial, Eddy, que era un niño muy listo y sus padres era granjeros que no podían costearle una escuela especial. Ese día ellos estaban allí porque acababan de hablar con el director de la escuela del pueblo, que les había dicho que no podían tener más al niño allí porque la escuela no contaba con las características especiales que debía tener para niños como él. Le dijeron que les facilitarían el papeleo para que el pudiera ser aceptado en una de las mejores escuelas de su tío en Nueva York, casualmente, pero ellos dijeron que no porque no sabían dónde se quedaría el niño, en caso de que sus padres no pudieran acompañarlo y tampoco podían dejar su granja para irse como familia porque no podían perder lo poco tenían por un futuro incierto en una ciudad que no conocían. Al final ellos se fueron muy tristes y ella se lamentó de no poder ayudarlos y de que la biblioteca no contara con mayores recursos para ese programa, pues como Addy, habían cinco niños más.

Sean se había dado cuenta de todo y le dijo que le gustaría ayudar, aunque ella no se lo tomó muy en serio. Ya muchos habían dicho eso; el alcalde, el gobernador, algunas empresas y nadie cumplieron. ¿Por qué habría de hacerlo un hombre que había llegado a ese pueblo por un solo negocio y después no volvería a pisarlo?

— ¿Puedes creerlo?—dijo su amiga sacándola de su estupor.

Rose sintió en su corazón algo especial. Que él recordara e hiciera esa donación era algo maravilloso que le demostraba, que tal vez, no era lo que pensaba. Y las sorpresas no se detuvieron allí, porque cuando llegó a su casa la esperaba una limusina y el chofer junto a esta, al verla le dijo que tenía órdenes de no irse de allí sin ella.

—Yo en realidad le agradezco muchísimo, pero prefiero que no espere. Dígame a su jefe que se me hace imposible irme a Nueva York. El teléfono de ella sonó en ese momento y era él—Hola, preciosa.

—Hola.

—Me imagino que estás viendo en este momento a mi chofer.

—Sí, aquí está—respondió todavía mirando al hombre.

—Solo será por el fin de semana, Rose. Que daño puede hacerte. Solo serán dos días y si no te gusta cómo me porto contigo puedes regresarte en cualquier momento. Aunque sé que eso no pasará.

—Estás muy seguro de ti—alzó una ceja pensando en que su confianza en sí mismo era algo que le gustaba mucho.

— ¿Entonces qué me dices?—la apremió Sean.

—Tengo que arreglar cosas aquí primero.

—Para el Domingo en la noche estarás allí en casa, lo prometo. No

tendrás que faltar al trabajo.

Ella lo pensó cinco segundos más y luego mandó todo al diablo—está bien, pero el Domingo en la noche estaré en casa, como dijiste.

—Te lo aseguro, cariño. Solo toma algo de ropa y súbete al auto. Franklin te traerá hasta aquí.

—Muy bien.

—Nos vemos pronto.

\*\*\*\*\*

Esa misma noche ella volaba en el jet privado de Sean directo a Nueva York. Era una locura pensar que todo eso estaba sucediendo cuando ella lo que quería era poner distancia entre ellos. Sin embargo no podía negar que tenía muchas ganas de verlo y que si él había insistido tanto, tampoco podía ser tan grosera.

Un rato después estaban encontrándose en su apartamento. Él estaba hablando por teléfono y le hizo señas de que lo esperara un momento mientras terminaba la llamada. Cuando terminó la abrazó tan fuerte que la levantó del piso y enseguida le dio un beso que le quitó el aliento, luego entrelazó sus manos con la de él.

—Tengo planeadas varias cosas que sé que te gustarán. Por lo pronto ya que es de noche, que te parece si vamos a un buen restaurante y te invito a

cenar.

—Me parece una idea estupenda, tengo mucha hambre.

—Esa es mi chica—los dos se dirigieron a la puerta abrazados y subieron al ascensor, pero cuando este se cerró, Sean no se contuvo y volvió a besarla. Esta vez de manera posesiva y hasta podría decirse que dulce. Ella fue quien terminó el beso porque se imaginó que en cualquier momento alguien los vería cuando las puertas se abrieran. Sean sonrió travieso—Tengo organizada una ida al zoológico del Bronx mañana porque me dijiste la última vez que nos vimos que era un sitio que te gustaría conocer.

—Oh sí, eso sería genial. Siempre he querido conocer el zoológico de Nueva York, dicen que es precioso y que tienen animales increíbles allí.

—Así es. De niño me encantaba ir. Será como volver a esos tiempos, tengo bonitos recuerdos de esa época—dijo con cierta nostalgia.

—Bueno, ahora irás conmigo y podemos hacer nuevos recuerdos.

—Eso suena fantástico, cariño—le dio un pequeño beso y entraron en el auto que los esperaba desde hacía un rato con guardias de seguridad rodeándolo. Cuando estuvieron adentro ella no pudo evitar tocar el tema de la seguridad.

—¿Has tenido, algún ataque de alguien o te han amenazado?

—¿Porque lo preguntas?

—Bueno, es que tienes todo un ejército rodeándote y la camioneta que viene atrás de nosotros está llena de hombres de negro.

—Sé que parece un poco exagerado, pero estamos a punto de hacer un gran negocio con una empresa surafricana y tenemos gente que no está muy de acuerdo con eso. Algunos son grupos al margen de la ley.

—Ya veo...—tomó su mano tratando de darle apoyo—debe ser estresante para ti.

—Lo es, pero creo que al final uno se termina acostumbrando.

— ¿Porque no tenías a toda esta gente el día que fuiste al pueblo, ni cuando fuimos a Los Ángeles?

—Porque aunque no me lo creas, me escapé. Jean Pierre me pintó un cuadro muy relajante y una buena oportunidad para desconectarme de todo en ese pueblo y por el día de acción de gracias, así que tomé la oportunidad y sencillamente me fui solo. Todo el equipo de seguridad estaba agarrado de los pelos, cuando llegué. Y en los Ángeles si tuvimos seguridad todo el tiempo, lo que pasó es que se mantuvieron encubiertos por órdenes mías. No quería inquietarte.

—Ya veo—le pareció que en ese momento se veía como un niño pequeño y su rostro tenía un gesto tan diferente de cuando estaba en plan trabajo como cuando había llegado a su apartamento, que era como si hablara con dos hombres totalmente distintos.

Pronto llegaron al restaurante que él había escogido para que ambos cenaran y resultó ser uno de los mejores de la ciudad, donde tuvieron todo el piso de arriba solo para ellos por pedido de Sean que no quería que nadie los interrumpiera. La trató como una princesa, la comida estuvo deliciosa y tomaron tanto champaña que ella empezó a sentir que las burbujas comenzaban a subírsele a la cabeza. Algo que encantó a Sean porque lo único que le mostraba eso, era que adoraba lo desinhibida que estaba y lo divertida que podía ser cuando se le subían los tragos.

Rose se sintió como si flotara. Él estaba siendo tan especial con ella, había dejado de lado sus cosas y dijo claramente a su asistente que reprogramara

todas sus citas porque hasta el lunes no hablaría con nadie sobre trabajo. Cuando lo escuchó se sintió muy halagada, pues sabía que él no era del tipo de hombre que dejaba sus negocios de lado por nada del mundo. Bastante más tarde, salieron del restaurante y se dirigieron al apartamento de él, donde ella llegó dormida y Sean tuvo que llevarla en brazos hasta su habitación.

Al día siguiente Rose se despertó con un leve toque en su mejilla y al abrir los ojos lo primero que vio fue una rosa con un delicioso perfume que la acariciaba suavemente.

—Buenos días.

—Buenos días, bella durmiente.

Cuando se destapó se dio cuenta de que no tenía ropa—sorpresa lo miró y él negó con la cabeza—desconfiada como siempre. Tranquila mujer, que yo te deseo mucho, pero quería que hiciéramos el amor con todos los sentidos bien puestos y tu anoche aunque te veías adorable, estabas bastante...

—¿Borracha?

—Digamos que estabas feliz.

—Ay Dios, que vergüenza.

—No, cariño. Ni se te ocurra decir eso, yo estaba feliz de verte así, eras otra. Y aunque las dos versiones me gustan, me quedo con esta—se acercó para darle un beso y luego le mostró una bandeja.

—Yo no soy muy diestro en la cocina pero sé hacer un delicioso café en la máquina de cappuccino.

A Rose le pareció gracioso que lo dijera con tanto orgullo cuando la máquina había hecho todo por él, pero no quiso hacerlo sentir mal—Gracias, no sabes lo que necesito mi café por las mañanas—tomó un sorbo y luego otro—

delicioso.

Sean la miró orgulloso consigo mismo—me alegra que le guste, madame. Ahora por favor, no se demore, porque tenemos planes para este día y no quiero que se nos haga tarde.

\*\*\*\*\*

Estuvieron muy entretenidos, viendo los animales tan hermosos y ella no dejaba de asombrarse por cada cosa que veía como si fuera una niña pequeña. Se tomaron fotos y después de un largo recorrido en el cual él se encargó de decirle en todo momento lo mucho que deseaba tenerla desnuda en su cama, ella trataba de hacerse la indiferente, pero en el fondo también se moría de ganas. Luego de eso se fueron a un muelle, donde estaba su yate, en el cual cenaron y estuvieron hablando largo rato hasta que ella vio que estaban completamente solos y ya no se escuchaba a nadie cerca.

— ¿Dónde está todo el mundo?

—Les dije que se fueran, no los necesitamos más—se sentó a su lado y la tomó por la cintura sorprendiéndola—no sabes lo mucho que he deseado este momento. Desabrochó con cuidado la parte de atrás de su vestido al tiempo que sus besos iban quemando la piel que iba dejando al descubierto.

—Sean, no aquí...

— ¿Porque no, cariño?—sus besos no la dejaban pensar bien.

—Porque alguien nos puede ver—le dijo tratando de separarse, pero entonces él ya había desabrochado su sujetador casi de manera imperceptible y la pieza de encaje cayó al suelo y al instante sus manos estaban envolviendo sus pechos. Sean le acarició los pezones y cubrió de besos su cuello, pasando por el lóbulo de la oreja. Rose después de eso, no pensó mucho, y se dedicó a disfrutar todas las sensaciones que la recorrían en ese momento. La forma en la que acariciaba sus pezones, su boca besándola ardientemente y su miembro punzando que podía ver claramente erecto a través de sus pantalones.

Estaban afuera y ella a pesar de que estaba extasiada con sus caricias no podía dejar de pensar en que todo el mundo los vería. Afortunadamente él se separó de ella en ese momento y puso su saco sobre ella para taparla.

—Vamos abajo, si seguimos aquí, no podré detenerme dentro de muy poco y me importará un carajo si todo el mundo nos ve. Ella se dejó llevar y ambos entraron pronto a la recámara del enorme yate.

Sin perder el tiempo, Sean la colocó en la cama suavemente, se inclinó sobre ella, entre sus piernas y lamió uno de sus pechos, y al tiempo que lo hacía le bajaba las pequeñas braguitas de encaje, color rojo. Después pasó al otro pecho dándole las mismas atenciones. Y Rose con cada caricia, sintió que su vagina se contraía, preparándose para él. Ella lo abrazó y pasó sus manos por su espalda, por su pelo, deseando que nunca se detuviera.

Sean puso las manos sobre sus muslos y suavemente las deslizó hacia arriba. Sus pulgares se fueron acercando a su zona más íntima, sondeando, provocándola. Rozó muy ligeramente sus labios íntimos, jugando con ella. Las caderas de Rose se movieron por cuenta propia hacia él y Sean aprovechó para deslizar sus dedos un poco más profundo sin entrar totalmente. Luego volvió a sacarlos y a ella la excitación la estaba volviendo

loca. Con un gemido le hizo saber que la estaba torturando y que no le gustaba y él muy descarado solo sonrió satisfecho. Entonces la agarró por las caderas para posicionarla mejor y abrió sus piernas, doblándolas un poco para tener un mejor acceso. Después de eso aparto sus labios íntimos y con su boca cubrió su sexo.

La sensación de su lengua contra esa zona casi la hizo gritar de placer. Estaba húmeda muy excitada y sus caricias la hicieron retorcer ante el placer que le daban y cuando Sean succionó fuerte su clítoris, no aguantó más y su orgasmo fue quien tomó el mando provocándole un placer interminable Él siguió acariciándola, tomando todo de ella, y no se detuvo hasta verla débil y sin fuerzas. Enseguida lo sintió colocarse sobre ella y sumergirse en su cuerpo, llenándola. Luego tomó una de sus piernas y la colocó sobre su hombro para que ella tomara más de él y entonces ambos gimieron Sean apoyó las manos en la cama y comenzó a moverse mirándola todo el tiempo entrando y saliendo, llenándola una y otra vez, aumentando el ritmo, mientras empezaba a respirar aceleradamente y la ponía a ella al borde del clímax.

—Rose —dijo Sean con la respiración entrecortada y se tensó. Ella podía sentir sus músculos. Estaba cerca, pero no lo suficiente, pensó desesperada y moviéndose con más intensidad. Buscaba algo, pero no sabía que era lo que necesitaba. Sean introdujo una mano entre los dos y con el pulgar tocó su clítoris. Fue justo lo que necesitaba y sintió cómo algo muy intenso se formaba en su interior antes de poseerla totalmente. Gritó mientras Sean puso las manos en sus caderas gimiendo, invadido por tanto placer.

Toda la noche dieron rienda suelta a su pasión; se encargó de hacerle el amor en cada parte de ese yate y lo hizo de muchas maneras distintas; unas veces lento, otras rápido e intenso, y cada vez ella igualaba su pasión y su deseo. Solo salieron de la alcoba para desayunar y después de eso volvieron a la

cama sin deseos de desperdiciar un minuto.

## Capítulo 6

—El tiempo corre tan rápido, ya hoy te tienes que ir y estoy tan a gusto aquí contigo, que me quedaría mucho tiempo más.

—Yo también estoy a gusto aquí, pero sabes que tengo que trabajar mañana. Ya casi es hora de que me vaya para poder estar en la noche allá.

—Lo sé.

—Me gustaría saber algo de ti.

—Solo tienes que preguntar y te diré lo que quieras.

—¿Siempre has estado rodeado de tanta opulencia?

—Siempre. Mis padres son dueños de muchas empresas y desde que nací, ya estaba más que planeado mi futuro y lo que haría con las empresas.

—Lo que no entiendo es porque no te has casado, si eres un hombre guapo, con dinero, educado, elegante y cualquier mujer desearía algo así para ella.

—No es tan fácil como crees. El tipo de vida que llevo no es fácil para nadie. Tengo demasiados compromisos, demasiadas fotos

comprometedoras en revistas y la prensa muchas veces está pendiente de cosas tan tontas como esas, para inventar que tengo otro romance. De esa manera me han inventado casi todos los que he tenido.

— ¿Y...esa chica, con la que estabas el día que te tomaron la foto y apareciste en los periódicos, no es nada tuyo?

—Aunque no me lo creas, no es nada mío. Es solo la hija de un buen amigo que me pidió que la acompañara porque está recién llegada y no conoce muchas personas.

Rose se sintió aliviada y eso la sorprendió un poco.

— ¿Y tú, porque no te has casado?

—Porque eso solo le quitaría la magia a la historia.

Él se echó a reír—Eso no es cierto.

—Lo es—dijo con convicción.

—Yo creo que lo que tú tienes es miedo.

— ¿A que podría temerle?—lo miró extrañada.

—A enamorarte—acarició su brazo con un dedo sintiendo la suavidad de su delicada piel—Por algún motivo creo que le tienes pavor al matrimonio —la colocó debajo de él y tocó delicadamente su húmedo sexo. Ella gimió— ¿no te cansas nunca?

Sean sonrió—No, cuando se trata de ti, desnuda y en mi cama—esta vez él se esmeró en que fuera mucho más especial que las otras veces para ella.

El Domingo en la noche llegó el momento de despedirse Y Rose no

quería irse. Había sido poco el tiempo que pasaron juntos pero se sentía muy conectada a él.

—Nos veremos en unos días ¿ok?—le dijo Sean.

— ¿Estás seguro de que podrás poner tus negocios en “Pausa” de nuevo, mientras nos vemos?

—Completamente seguro, preciosa.

Los dos estaban en las escaleras del avión de él. Ninguno de los dos tenía deseos de despedirse y ella sentía que quería decirle algo más, pero no fue capaz, así que simplemente le dio un fuerte abrazo y él se lo devolvió. Ambos quedaron así por un momento y luego Sean se apartó. La pasé muy bien, Rose. Gracias por haber aceptado mi invitación.

—Gracias a ti, fue el mejor fin de semana que he tenido en muchísimo tiempo.

Sean se dio entonces la vuelta y bajó las escaleras, pero antes de que ella entrara al avión volteó a verla—no te olvides de mí en estos días—le dijo desde lejos.

—No lo haré.

A partir de ese momento los dos comenzaron a verse al menos dos veces al mes. Ella iba a Nueva York o se encontraban en un pueblo cercano ya que ella no quería despertar las habladurías del pueblo si los veían juntos. Así que se encontraban en una cabaña muy hermosa que él alquilaba para esas ocasiones y que le estaba gustando tanto, que estaba pensando en comprarla.

La pasaban muy bien, se dedicaban a disfrutar de su mutua compañía y a hacer el amor como conejos. Al principio él se llevaba su teléfono y su

computador para atender algunos negocios pero unos días después ella le quitó los dos aparatos y le dijo que si se iban a ver por tan poco tiempo, al menos podían hacerlo bien. Le hizo ver que ese tiempo era para ellos y que si estaba con ella era solo con ella, sin llamadas, sin trabajo, sin mensajes de correo.

Sean comenzó a darse cuenta de que podía prescindir por un tiempo de sus adorados aparatos y dedicarse solo a la mujer que tantos sentimientos encontrados le generaba y sin darse cuenta comenzó a verla con otros ojos y se fue enamorando de ella.

Un fin de semana se fueron a su casa en Aspen, ella no tenía ni idea de esquiar, pero él le dijo que le enseñaría y así fue. Todo el tiempo estuvo con ella, se fueron a una enorme montaña y desde allí esquiaron, ella con miedo petrificante y él con toda la confianza que le daba el haberlo hecho desde años atrás. Sin embargo, Rose demostró ser una excelente alumna y en poco tiempo se manejaba como pez en el agua.

— ¿Qué te parece si vamos a tomarnos algo caliente?

—Una excelente idea.

Los dos fueron al lobby del hotel donde había una enorme chimenea y servían chocolate caliente. Cuando una chica se acercó para decirles si querían más chocolate él enseguida le dijo que no, sin esperar a que ella dijera si se le antojaba un poco más. Mucho más tarde se fueron de compras y aunque ella no era muy amiga de que le estuvieran regalando cosas, aceptó que él quería hacerlo y no se opuso. Pero eso era una cosa y una muy distinta, era el querer decirle como vestir. La mujer de la tienda, ya aparentemente acostumbrada a que él fuera a comprarle. Le sacó varios vestidos y fue él quien los escogió y luego le pidió a Rose que se los colocara para ver cuál le quedaba mejor. Los minutos fueron pasando y luego las horas y ella seguía

desfilando mientras él con un movimiento de cabeza, aceptaba o desechaba el atuendo. Rose empezó a sentirse incómoda y cuando llegó el turno de la lencería, sencillamente echaba fuego por los ojos y le dijo que ya que ella no tenía ni voz ni voto en lo que se iba a poner, él no la necesitaría y salió de allí.

Sean la persiguió hasta alcanzarla—Rose ¿Qué fue todo eso?

—Sean dime algo ¿Tú no has notado la tendencia a controlarlo todo que tienes desde hace tiempo?

— ¿Yo? ¿Un controlador?—se echó a reír—por supuesto que no—acarició su mejilla—linda, si no querías estar aquí o si te incomoda que te compre cosas, solo tenías que decirlo.

—No me incomoda, lo que sucede es que me gusta comprar ropa a mi gusto y si me la vas a regalar, de todas formas preferiría escogerla yo. Es lo mismo en todo momento; si vamos a cenar o pedimos servicio a la habitación, tú quieres decir lo que ambos comeremos, si vamos de compras, tú eres el que paga y escoges lo que me pondré. ¡Por Dios! La otra noche me dijiste que mi amiga Elsa, no te caía bien, que debería escoger mejor mis amistades.

—Los siento, no me di cuenta de lo mucho que te disgustaba eso.

—No te das cuenta porque no quieres verlo. Y para serte sincera molesta un poco, porque me pregunto qué fue lo que te atrajo de mi si todo lo quieres cambiar desde que estamos juntos.

—Oye, linda. Si no quieres que te compre nada, no lo haré.

—No se trata de eso.

—Lo sé, lo sé—alzó las manos en señal de rendición— Entonces no

diré nada ¿de acuerdo? Si te molesta que te diga esas cosas, no lo haré—la abrazó—pero por favor, no dañemos este viaje por tonterías. Sabes que no tenemos mucho tiempo para estar juntos—le dijo buscando su boca que ya estaba dispuesta para él.

—Tienes razón, no vale la pena discutir cuando tenemos tan poco tiempo.

Rose se quedó preocupada pensando si eso sería una muestra de lo que les esperaba más adelante si seguían esa relación.

\*\*\*\*\*

La primavera dio paso al verano y Rose llevaba varios meses viéndose con Sean. Rose se sentía feliz porque a pesar de su pesimismo en cuanto a las relaciones, parecía que por fin había dado con el hombre de su vida. Aunque todavía era algo temprano para decirlo, cada vez se convencía más de que así era. Él acababa de regresar de estar con ella en la cabaña y a Rose se le hizo muy extraño que no la llamara esa misma noche. Ya era muy tarde y sabía que no se demoraba tanto en llegar a Nueva York. Al día siguiente lo llamó y no contestó, entonces llamó a su oficina y le dijeron que estaba en una reunión muy importante pero que le darían su recado. Hasta la noche supo de él, cuando la llamó diciendo que había tenido una reunión de negocios y que

había sido imposible sacar un solo minuto para hablar con ella. Rose no pudo evitar sentirse mal porque sabía muy bien que cuando él quería sacaba no solo un minuto sino mucho más tiempo para dedicarle y que no le importaba nada que tuviera un día muy atareado para poder conversar con ella.

### *¿Qué estaba pasando realmente con él?*

Luego de ese día, llegó el momento de verse de nuevo y esta vez habían quedado de verse en Nueva York, pero él inesperadamente llamó a cancelar. Ella comprendió la situación y le dijo que no importaba, que podían verse el fin de semana siguiente, pero él no pareció muy convencido, así que no quedaron en nada y el solo le dijo que la llamaría después. Eso fue algo que prendió las alarmas en su mente y Rose comenzó a pensar que tal vez dejó de sentir interés y por eso él ahora se comportaba de esa manera. Sabía bien que sus dos últimas relaciones terminaron porque dio mucho de sí y sus parejas de entonces terminaron buscándose otra con la que no se sintieran que ya estaban a punto de comprometerse o algo por el estilo. Pero tan rápido como vino ese pensamiento, lo desechó. Sean no sería capaz de hacerle algo así. Él le había demostrado que sentía algo especial por ella.

Varias semanas después se vieron nuevamente cuando él tuvo tiempo para dejar sus asuntos un rato y la llamó para decirle que se vieran en Nueva York. En esa ocasión estuvieron nuevamente en su yate pero ella seguía con la duda porque a pesar de que fue él quien la invitó, estaba actuando un poco distante. Y luego un día, ella lo vio hablando con alguien por teléfono en tono molesto.

— ¿Quién era?—le preguntó.

—Solo negocios, cariño. La gente siempre molestando en el momento menos adecuado.

—No parecían negocios, sonabas bastante molesto.

Sean miró para otra parte—lo eran, Rose. Pero no puedo estar diciéndote todo el tiempo lo que hago—terminó la frase molesto.

—Solo preguntaba, no es para que me contestes de esa forma.

—Me irrita que quieras saber todo lo que hago, como si no confiaras en mí.

Ella se sintió mal por él. Tal vez era cierto que era muy desconfiada y absorbente. Él le había dado muestras de lo que sentía por ella y no tenía porque poner en entredicho sus acciones—Lo siento, amor. No quise que te molestaras por mis preguntas, solo me preocupo.

Él suspiró y negó con la cabeza—no quiero discutir contigo, linda. Pero soy un hombre ocupado, esto es lo que hago y es la vida que llevo. Por favor, entiéndelo.

—Está bien, solo quería saber si podía ayudarte—lo abrazó.

Sean hundió el rostro en su cabello— Lo haces, Rose. No sabes lo que ha cambiado mi vida que tú estés en ella, lo despreocupado que puede ser ahora cuando antes todo el tiempo vivía en función de los negocios. Te juro que el hecho de que estemos cada tanto tiempo juntos, así como ahora, es toda una hazaña.

Ella sonrió y acarició su rostro— ¿Todo eso lo he hecho yo?

—Todo eso—le contestó él, tomando sus labios.

## Capítulo 7

Rose se sintió especial ante esas palabras. Ningún hombre jamás le había dicho esas cosas y significaba mucho para ella. Le devolvió el beso con la misma pasión, y Sean se dejó llevar por el deseo carnal que ambos llevaban incitando toda la noche.

Sus bocas se juntaron, se alimentaron... Rose deslizó la lengua sobre la de él, invitándolo a profundizar el beso. Sean se dejó llevar y la exploró lentamente. El sabor de su boca le dio la motivación para querer amarla toda la noche. De un tirón, se deshizo de sus bragas y las arrojó a lo lejos. Rose contuvo el aliento mientras que los dedos de Sean comenzaron a tocar su sexo.

— Me encanta cómo te sientes, Rose. Tan femenina, dulce—dijo Sean, bajando hasta estar a la altura del sexo de Rose. Luego con su boca, acarició los labios vaginales.

Ella dejó salir el aire de sus pulmones cuando sintió el calor de la boca de Sean en su carne ardiente y su lengua abriendo su sexo, acabando con ella. Nada le importaba en ese momento, solo esa lengua que con cada caricia la dejaba más y más excitada.

—Sean, por favor...

Le abrió las piernas aún más, exponiéndola, devorándola, quemándola, donde la iba tocando con su lengua, haciendo que su cuerpo entero se estremeciera. La saboreó como un hombre hambriento. Se hundió en los pliegues resbaladizos, gimiendo mientras hacía entrar dos dedos en el estrecho canal,

sintiendo lo apretada que estaba.

Rose alzó las caderas, necesitaba que él la penetrara. Pero esa no era su intención en ese momento. Él empezó a penetrarla con los dedos, más adentro, más fuerte, dejándola totalmente ajena a todo a excepción de las sensaciones, retorciéndose con los espasmos que la hacían temblar, Rose tuvo el orgasmo más fuerte que había sentido en toda su vida, mientras gemía y gritaba, al tiempo que él exprimía la esencia de su orgasmo. Un rato después Sean le hizo el amor de muchas formas y así estuvieron el resto de la semana pero cada vez que volvían a la realidad, ella tenía sus dudas.

Al terminar esos días juntos y despedirse, Sean se veía un poco extraño, taciturno. Sin embargo ella no dijo nada sobre su semblante y se despidió de él, lo más normal que pudo.

—Nos veremos en quince días.

—Está bien—lo abrazó—me harás falta.

—Y tú me harás falta a mí, cariño.

Los dos se dijeron adiós pero ella sentía un peso en su corazón, una angustia extraña y no supo la razón. Esa misma noche Sean la llamó y le dijo que había llegado bien pero que había encontrado problemas al llegar. Como siempre, no le contó de qué se trataba y ella trató de disimular su exasperación al ver que no la hacía parte de sus cosas.

—¿Pasó algo malo?

—Nada de lo que debas preocuparte—su tono era molesto de nuevo.

—Sean, no sé lo que está sucediendo, no necesito ser una ejecutiva de tu empresa, ni tu asistente, para darme cuenta de que algo te molesta desde

hace rato y no es porque acabes de llegar y encontrarte con un problema, es algo desde antes de que nos viéramos este fin de semana. ¿Creo que ya va siendo hora de que me lo digas, no te parece? Empiezo a pensar que se trata de mí.

Él acababa de colgar el teléfono con la razón de su molestia y su genio estaba por decir lo menos, volátil—Rose, deja de ser paranoica, ya te dije que no se trata de ti ¡Maldita sea!—le dijo saliéndose de sus casillas— ¿Es que todo tiene que ver contigo? tengo muchas más cosas en mi cabeza, eso te lo puedo asegurar.

—Entonces creo que lo mejor para los dos, es que arregles todas esas cosas que tienes en tu cabeza, primero para que pueda quedar algo de espacio para mí y mi paranoia—le contestó con toda la calma que pudo obtener en ese momento y de esa manera no decirle sus verdades.

—Mira, creo que mejor hablamos en otro momento, no estoy para esto ahora.

Rose se quedó como una idiota, con el teléfono en la mano preguntándose qué era lo que acababa de pasar, porque él simplemente le colgó la llamada de la manera más mal educada. Y esa fue la señal que ella necesitó para tomar la decisión de no volver a verlo. Prefería evitarse problemas más adelante. Esa actitud era el principio del fin y lo sabía. Sus anteriores relaciones habían llegado al final cuando eso empezó a pasar. No quería pasar por la humillación de que él la viera totalmente enamorada y le dijera que la iba a dejar.

***“Tiene que estar viendo a alguien más”*** pensó enseguida, porque su conducta era demasiado extraña.

Al día siguiente recibió veinte llamadas perdidas de Sean, pero no quiso contestarle. Para que se torturaba hablando con él, si con la forma en la que le había hablado dejó muy claro que ya no la veía como antes. Seguramente ahora su interés estaba en otra.

Como si fuera poco, las cosas no habían salido bien desde que comenzó el día; llegó tarde al trabajo, su jefa directa la regañó y le dijo que últimamente no era la misma chica eficiente que solía ser, un cliente con el que jamás había tenido un inconveniente llegó ese día molesto porque le habían descontado más días de los que él había durado con el libro y la insultó diciéndole que era muy poco profesional y que jamás volvería allí. Luego de eso, a la hora del almuerzo se percató de que lo había dejado y le tocó almorzar en la cafetería donde normalmente llegaba su ex pareja también a comer y tenía que aguantarse sus comentarios desagradables, porque obviamente no habían terminado como amigos y el tipo la detestaba. Algo que ella no terminaba de entender, pues fue él quien la dejó por una chica más joven.

De vuelta a su trabajo, se encontró con Amanda que le dijo que acababa de llegarle algo. Ella se preguntó que podría ser y rogó porque no fueran más malas noticias. Había tenido suficiente por ese día. Cuando se acercó al escritorio, se dio cuenta de que había un enorme ramo de rosas rojas preciosas. Al abrir la tarjeta vio una pequeña nota que decía perdóname y abajo solo estaban las iniciales de su nombre S.M. Pero ella estaba decidida a no tener nada con alguien que la haría sufrir de nuevo. Cuando llegó a su casa encontró que en la entrada había dos ramos enormes también y mientras abría la puerta un muchacho se acercó a ella con otro, que esta vez traía un oso de peluche pidiendo perdón. A ella le causó gracia, sobre todo porque Sean no

era de osos de peluche, pero de todas formas no quiso llamarlo para agradecerle, aunque si aceptó los obsequios y los puso en la sala y en su dormitorio. Lo que en ese momento no sabía, era el tremendo mal entendido que después se formaría.

\*\*\*\*\*

Sabía que ella estaba molesta, se había portado como todo un cretino y Rose con justa razón no deseaba verlo, pero por más que la había llamado no le contestaba y ni se molestó en llamarlo para decirle algo de las flores. Eso solo significaba que de verdad estaba muy molesta con él. Lo peor era que en ese momento se le hacía imposible ir hasta Johnsonville para hablar con ella, porque tenía demasiadas cosas sucediendo al mismo tiempo y como si eso no fuera suficiente, ese mismo día tendría que ir a una subasta muy importante y su ex novia también asistiría con su madre. Las dos mujeres más interesadas y arribistas del mundo. Lo que menos deseaba era verlas, sobre todo a Sarah, que no había hecho más que llamarlo para decirle que el haber terminado fue un error y que quería volver con él. Lo llamaba mañana tarde y noche diciéndole que no lo iba a perder, que lo recuperaría como fuera y ya lo estaba volviendo loco. Lo único que agradecía era que no se había enterado de la existencia de Rose, porque de lo contrario le habría hecho la vida imposible. Así de obsesiva era esa loca mujer.

La noche llegó y él tuvo que ir al evento porque se trataba de la subasta de un buen amigo que muchas veces lo había apoyado y ahora a él le tocaba

devolver el favor. Sarah llegó con su madre y se sentó en primera fila, obviamente a su lado.

—Mi amor ¿Cómo estás? Te llamé todo el día y no respondiste.

—Será porque quiero que me dejes en paz—Sarah

Ella lo miró con reproche—De verdad que no entiendo porque cambiaste tanto conmigo, Sean. Éramos la pareja perfecta, de hecho todavía lo somos y no sé cómo no te das cuenta.

—No creo que este sea el momento ni el lugar para hablar de eso.

—Está bien, amor—acarició su hombro—podemos dejarlo para más tarde en tu casa— ¿qué te parece?—le dijo al oído.

— ¿Estás completamente perdida, verdad cariño?—le dijo con fastidio. En ese momento comenzó la subasta y todo el mundo se concentró en eso. Pero al terminar una hora y media después, empezó su pesadilla. Hicieron una pequeña reunión después del evento y todos estuvieron departiendo y hablando de las bellas que se habían subastado. Sean estaba hablando con un amigo, cuando por detrás de él se acercó Sarah y lo abrazó sonriente, mientras un hombre los fotografiaba y preguntaba ¿Están de nuevo juntos la señorita Desmoñad y usted, señor McKinnon?

Él se molestó y le dijo que no he intentó detener al tipo que se alejó rápidamente y como no podía hacer una escena delante de todo el mundo quitándole la cámara al hombre que además estaba solo haciendo su trabajo, tuvo que tragarse la frustración que sentía y de paso ver la cara sonriente de Sarah, que muy seguramente pensaba que se había salido con la suya. La conocía bien y sabía lo calculadora que era, no tenía nada de raro que fuera ella la que se pusiera de acuerdo con el fotógrafo para obtener aquella imagen.

\*\*\*\*\*

Esa noche logró zafarse a Sarah a duras penas y al llegar a su casa no dejaba de pensar en Rose y en lo que estaría haciendo en ese momento. Tenía la impresión que ella se estaba cansando, que se había dado cuenta de que andar con un hombre tan ocupado no era muy divertido y se sentiría dolida porque no le dedicaba el tiempo suficiente a su relación. Tomó su teléfono e intentó llamarla de nuevo pero otra vez se iba a buzón de voz, pero al día siguiente fue ella quien lo llamó para que le explicara el por qué estaba su foto en la primera página de una de las revistas más importantes junto a una mujer que supuestamente era su prometida con la cual nunca había terminado realmente, sino que solo habían estado momentáneamente separados.

—No es lo que tú crees, cariño.

— ¿Ah no? ¿Que se supone que debo creer después de ver que otra mujer está contigo en unas fotos donde los dos aparecen muy abrazados y sonrientes? Y lo peor de todo es que nunca fuiste lo suficiente hombre para decirme que tenías una prometida y que solo deseas una pequeña distracción conmigo.

— ¡No me dejabas hablar!—le gritó. ¿Es que te he dado motivos para que pienses mal de mí en alguna ocasión? Siempre fui sincero contigo y te dije lo que sentía, cosa que tú nunca hiciste por miedo. Todo el tiempo no has

hecho sino desconfiar y mides a todos los hombres con la misma vara. Deberías preguntar primero, dejar que te explique cómo fueron las cosas, pero lo primero que haces es condenarme.

— ¿Y qué quieres que haga cuando te veo con otra, en una foto y muy acaramelados?—le preguntó llorando.

—Piensa lo que quieras, Rose. De todas formas, encontrarás cualquier excusa para acabar con lo nuestro porque simplemente eres una mujer muy cobarde, que le teme a tener una relación que dure más de unos días.

—Y tú, eres un mujeriego—gritó ella y tiró el teléfono contra la pared.

Después de ese día ninguno de los dos volvió a buscar al otro y ella volvió a su rutina normal en la biblioteca, mientras Sean se metió de lleno en su trabajo para no pensar más en ella. Meses después ella se enteró de que la fecha de la boda entre Sean y su prometida se había fijado y decían que sería el evento de la temporada. Que era una unión perfecta porque los dos apellidos eran muy importantes y ella era perteneciente a una de las mejores familias de los Estados Unidos. Rose lloró desde el momento que comenzó a leer el artículo y al terminar tomó una botella de vino y se la tomó entera, tratando de olvidar su nuevo fracaso. Después de esa horrible noche, tomó la decisión de no quedarse más en ese pueblo. No quería pasar el resto de su vida deseando lo que pudo tener y no se atrevió. Tomó los ahorros que tenía y compró un paquete de un año de estudios del idioma Francés en París. Desde hacía muchísimo tiempo, era algo deseaba y solo soñaba con algún día poder ir, pero ahora lo hizo realidad y no se arrepentía de tomar las riendas de su vida. La idea era ir primero un año, pero mientras estuviera allí buscaría empleo y si lo encontraba, tal vez podría quedarse allí para siempre.

Mientras las semanas iban pasando y Sarah hacía los preparativos de la boda, él no dejaba de pensar en Rose. Y en lo grande que habría sido, si esa fuera la boda de los dos. Trataba de estar todo el tiempo lleno de cosas por hacer para no pensar, pero cada vez era más difícil. Llegaba a la oficina muy temprano y se iba tarde, su asistente lo miraba con lástima y su mejor amigo como si fuera un perdedor.

— ¿En qué piensas?

—En nada—contestó de mala gana.

— ¿Estás pensando en ella, verdad?—su amigo había estado hablándole desde hacía una hora del proyecto en Suráfrica, pero él no le había puesto atención para nada.

—Hermano, ¿Quieres saber lo que opino?

—No, pero me imagino que me lo vas a decir.

—Lo mejor que puedes hacer por tu vida, es ir a ver a Rose.

— ¿Crees que no lo he pensado? Pero sencillamente ella no desea verme porque cree que yo la engañé. Y ahora no me explico en que momento me dejé llevar por la rabia y acepté casarme con esa loca.

—Estás jodido, amigo. Necesitas hacer algo y hacerlo ya. Si fuera tú, iría a hablar con ella y descartaría toda probabilidad de poder estar juntos—se sentó a su lado—te he visto, Sean. No eres el mismo desde que la conociste. Por primera vez pude ver al ser humano y no al típico hombre de negocios que solo se interesaba por hacer dinero y tener relaciones vacías con mujeres como Sarah.

—Lo sé, pero no sé cómo hacerlo.

—Lo primero que debes hacer es tomar un avión, ya cuando estés allá

se te ocurrirá algo.

Sean también estaba de acuerdo con esa idea, el momento era ahora. No quería casarse con Sarah sin haber hablado con Rose y tener la seguridad de que nada quedaba entre los dos, pero antes hizo algunos arreglos para asegurarse de que si terminaba casándose con Sarah, sería por la razón correcta y no por un vil engaño de ella.

## Capítulo 8

Sean llegó dos días después a Johnsonville e inmediatamente fue a hablar con Rose, pero no la encontró. Luego fue a su trabajo y allí vio a su amiga Amanda que le dijo que Rose se había ido hacía algún tiempo a Francia.

—Pensé que habían hablado—comentó Amanda—al menos para despedirse.

—No, no lo hicimos. En realidad las cosas no estaban muy bien entre los dos.

—Lo sé, solo había que ver la carita de ella para darse cuenta de que sufría—sus ojos lo veían con reproche—me imagino que hiciste algo muy malo para poner esa tristeza en su rostro.

—Fue un mal entendido de parte de los dos, lo juro.

—Querido, te creo. Se nota a leguas que estás sintiéndote muy mal. El problema es que ella ya no está aquí y tú según me enteré, estás a punto de casarte con otra.

—La quiero, Amanda. Tú eres su amiga, sabes dónde está. Necesito verla.

—Y como sé que eso no es una mala idea—alzó una ceja

analizándolo de pies a cabeza.

—Porque sé que te has dado cuenta de que estamos realmente enamorados.

—Creo que antes de hacer eso, te invitaré a mi casa a tomarnos un café. Si después de hablar, considero que debo darte la dirección de ella, lo haré.

—Trato hecho.

Sean fue a casa de Amanda y de hecho, ella lo invitó a quedarse. Allí estuvieron hablando hasta la madrugada de Rose, de la verdadera razón por la que ella estaba un poco a la defensiva en su relación y porque desconfiaba tanto. Entendió muchas cosas y escuchó como Amanda le hablaba de su propia experiencia en el matrimonio, y lo aconsejaba sobre lo que debía hacer si deseaba recuperar a Rose. A la mañana siguiente él hizo una llamada a Sarah y aunque no fue la mejor forma, ni la más caballerosa, le dijo que no podía continuar con ese matrimonio, porque sabía muy bien que ese niño con el que lo estaba chantajeando, no era de él y porque ella sabía que él no la amaba y que jamás serían felices. Que el pagaría por todos los gastos que se habían hecho por la boda y después de escuchar las mil veces que lo insultó y dio alaridos por teléfono, terminó la llamada y se alistó para ir a Francia y dar la pelea.

\*\*\*\*\*

Rose llevaba meses pensando en todo lo que se había perdido por no atreverse a salir de su pequeño mundo. Había aprendido en poco tiempo que existía mucho más que esas cuatro paredes entre las que vivía. Ahora llevaba una vida distinta; salía con amigos, iba todos los días a su curso de idiomas, paseaba y conocía lugares hermosos y se divertía mucho haciéndolo.

En seis meses se hizo a la idea de no volver a ver a Sean, todavía lloraba algunas noches porque lo echaba de menos, pero dentro de todo estaba tranquila porque se mantenía ocupada y no le daba tiempo de recordarlo mucho. Aunque cuando lo hacía, era con dolor por todas las mentiras que le había dicho y por haberla visto como una idiota demostrando nuevamente sus sentimientos, cuando se prometió a sí misma no volver a hacerlo. Le dolía pensar que si no le hubiera mentado, tal vez algún día habrían intentado algo más serio y tal vez, ella habría aceptado. Pero no era bueno pensar en tantos “Tal vez”. La realidad era que ellos dos vivían en mundos muy diferentes y esa mujer con la que estaba comprometida, era perfecta para él o era eso lo que se decía en las revistas.

Las calles de Paris eran un hervidero cerca de la torre Eiffel y Rose lo único que deseaba era sentarse en algún sitio a tomar un buen café y leer las cartas de sus amigas que le habían llegado esa mañana. Caminó varias manzanas hasta que llegó a uno que estaba relativamente vacío y se sentó, sacando inmediatamente la primera carta de su bolso.

—Hola.

Casi se cae de su silla al escuchar aquella voz. Pero no podía ser Sean porque él jamás vendría hasta Paris a verla y menos en medio de los preparativos de su boda. Se volteó lentamente y se encontró con el rostro que tantas veces la había hecho llorar esas noches.

—No puede ser —le dijo.

—No sabes lo bueno que es verte de nuevo—la miraba con dulzura—te he extrañado, cariño.

Eso la bajo de la nube en la que estaba— ¿Cariño? No puedo creer tu nivel de descarado. ¿Qué haces aquí?—sacudió la cabeza con confusión—O mejor dicho ¿Cómo diablos supiste donde estaba y como llegaste precisamente a este café?

—Supe dónde encontrarte por Amanda y bueno...solo te seguí desde la escuela de idiomas hasta aquí. Estabas tan concentrada que ni me notaste.

—Mira Sean, la verdad es que no me interesa ponerme a hablar contigo como buenos amigos sobre tu próximo matrimonio. Soy una mujer de mente abierta, pero no tanto.

—Ni yo quiero eso, amor. Lo único que te pido es la oportunidad de poder explicarte las cosas.

—Creo que tuviste tu oportunidad muchas veces cuando nos vimos y jamás me dijiste nada.

Mientras ella hablaba, él se sentó aprovechándose del momento—Yo nunca he querido casarme, siempre ha sido Sarah la de la idea, y yo todo el tiempo dije que no, porque aunque era su sueño, jamás fue el mío. Al menos, no el de casarme con ella. Nosotros habíamos terminado antes de conocerla, pero ella no dejaba de llamarme y acosar todo el tiempo hasta que me tuvo aburrido y ya no le pasaba al teléfono. Pero se enteró de tu existencia y empezó a molestarme y a llamar diciendo que sin mí no podía vivir y que se quitaría la vida si pensaba siquiera en casarme con otra. No te lo dije porque no quería hacerte sentir mal y porque pensé que podía manejarlo, pero todo se me salió de las manos cuando me dijiste que no querías volver a verme y

ella me dijo que estaba embarazada.

Rose emitió un jadeo de sorpresa—Oh Dios, no puede ser.

—No era cierto—la tranquilizó.

— ¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis medios, no soy un idiota al que pueden engañar tan fácilmente. Hablé con un buen amigo y la obligué a hacerse un examen con él y no en la clínica de confianza de ella. Ahí supe que todo era mentira. Incluso trató de comprar a mi amigo, diciéndole que le diera unos exámenes que dijeran que si estaba embarazada y le daría una muy buena cantidad de dinero —sacudió la cabeza—es una loca, Rose. Mi amigo por supuesto hizo como si recibiera el dinero y me lo contó a mí. Después de eso supe que no podía casarme con esa mujer e inmediatamente viajé rumbo a Johnsonville, para verte.

Ella todavía lo miraba con cierta desconfianza—Ya no quiero hablar más de esto. Si las cosas fueron así, te agradezco que me lo aclararas, pero en este momento no creo que debamos tener alguna relación distinta de la amistad—diciendo eso, se levantó de la mesa, dejó pago el café y tomó sus cosas para irse.

— ¿A dónde vas?

—A mi casa. Ni por un segundo voy a dejar que me manipules y me confundas—llamó un taxi pensando que le saldría carísimo pero ya el hombre se estaba deteniendo para llevarla. En ese momento Sean la empujó hacia adentro y se subió el también.

— ¡Oye! ¿Qué diablos te pasa?

—No me vas a dejar aquí sin darme la oportunidad de que hablemos,

Rose.

El taxista los miró como si estuvieran locos Y ella le explicó que no pasaba nada, le dio la dirección y el hombre se puso en marcha, pero todo el tiempo los estuvo mirando por el retrovisor. Ni ella, ni Sean dijeron nada durante el trayecto y luego al llegar a su apartamento, él le pagó al taxista y la siguió cuando ella subía las escaleras.

—Ya basta, Sean—se dio la vuelta para gritarle. Pero el la ignoró. Al llegar a la puerta él se detuvo mientras ella la abría y le dijo que si le tocaba dormir allí, lo haría hasta poder hablar con ella.

—Solo entra, por favor—le dijo furiosa por tener que recibirlo en su casa. Como siempre él estaba imponiendo su voluntad—No quiero un espectáculo en el edificio, pero te dejo claro que te escucharé y luego te irás de mi casa. No me molestarás más y me dejarás tranquila. ¿Está bien?

Él asintió—de acuerdo. Entró y se quedó mirando el pequeño apartamento. Le gustaba mucho; era muy acogedor, se notaba el cariño que ella había puesto en cada detalle para hacerlo sentir su hogar. Fue a la sala y se sentó mientras ella tomaba asiento frente a él en otra silla.

—Rose, tu y yo estamos destinados a ser una pareja—trató de tocarla.

—Estás muy seguro de eso—ella se levantó de la silla y él lo hizo también—No se te ocurra irte de aquí, Rose. No, hasta que me expliques porque diablos me haces ver como el malo de la película cuando tú tampoco fuiste muy sincera por lo visto.

—Yo nunca te dije mentiras y no me iba a ningún lado, solo quería servirme un té—sus mejillas ardían de la rabia que sentía. ¿Cómo se atrevía a decirle mentirosa después de lo que había hecho?

—Nunca me dijiste que tenías miedo de que yo me aburriera y te

dejara—le reclamó mientras la seguía con la mirada hasta la cocina donde ella empezaba a prepararse su té pacientemente.

— ¿Y cómo se supone que le dices eso a tu pareja, sin verte patética? —respondió ella molesta. —Yo no sabía cómo hacerlo y por más miedo que tuviera también tengo dignidad.

—Lo sé Rose pero habría hecho las cosas un poco más fáciles ¿No te parece?

— ¿Quién te lo dijo?

—Sabes que hablé con Amanda y que ella me dijo cosas que me pusieron a pensar mucho. Fue por eso que ella me dijo, que entendí tu comportamiento de la última vez que estuvimos juntos. Si te soy sincero, yo creí que te aburrías, no porque me la pasaba en negocios y viajes y no tenía suficiente tiempo para los dos, sino por lo que de verdad ha estado pasando en mis otras relaciones y que tú me ayudaste a darme cuenta; que tengo que controlarlo todo y a todos, para sentirme bien. Sé que fui muy egoísta y que quería controlar todo lo que hacías, hasta tu horario en tu trabajo. Soy plenamente consciente de lo presionada que debiste sentirte conmigo.

—Por favor, Sean. Esto no es una buena idea y lo sabes bien. Nada bueno va a salir de esta conversación. Tú ya estás comprometido y por mucho que te hayas dado cuenta de tus errores, no puedes dejar a Sarah, plantada en el altar.

—No lo voy a hacer. Yo rompí con ella, antes de venir aquí, porque no voy a equivocarme de nuevo. Sé quién es la mujer que me hará feliz, y la tengo enfrente.

—No estoy segura de esto.

— ¿Me amas?—le preguntó queriendo escuchar su respuesta para

saber si todavía todo esto tenía sentido.

—Te amo, pero eso no es suficiente. Han pasado demasiadas cosas. Yo jamás me imaginé que a pesar de esa coraza que me había impuesto, terminaría enamorándome de algún hombre nuevamente y luego pasó lo que tanto temía.

—A mí solo me importa que me has dicho que me amas. Lo demás se puede arreglar—esta vez fue hasta ella y la abrazó—Oh nena...yo también estoy locamente enamorado de ti. Solo tienes que dejar de tener miedo. Yo no me he ido de tu lado. Te quiero, Rose. Por favor, confía en mí—sacó un objeto de su bolsillo y ella notó con cierta ansiedad que era una pequeña caja. Sean la abrió y dejó ver un hermoso anillo con un diamante gigante—no aceptaré un no, por respuesta.

Ella se echó a reír— ¿Se supone que eso fue una petición de matrimonio?

—No, eso fue una orden.

—Pero yo no soy una chica que siga órdenes—le dijo suavemente al oído.

—Esta sí—la besó tomando su rostro entre las manos, demostrándole cuanto la deseaba y lo mucho que la había extrañado. Cuando el beso terminó, sus ojos brillaban con expectación.

—Ummm, podría acostumbrarme a esto de las órdenes.

— ¿Eso es un sí?

—Es un sí, rotundo—respondió ella feliz.

Sean la tomó en brazos riendo y le preguntó cuál era la habitación más cercana, donde la mantuvo despierta muchísimo tiempo después, intentando

demostrarle que cumpliría cada una de sus promesas.

Fin